

LECCIONES DE TACTICA Y DE LA LUCHA INTERNA

Francisco Mosquera; Ediciones Tribuna Roja. Bogotá, julio de 1997

La lucha interna que se ha venido desarrollando dentro del MOIR, especialmente en los últimos meses, tuvo como última manifestación un pronunciamiento público del grupo de los Nájnez, en donde fijan de manera abierta sus posiciones divergentes con el Partido y su política.

Aunque esta lucha ha tenido incidencia en casi todo el país, se ha concentrado en Cundinamarca y particularmente en Bogotá. Por sus modalidades, hay en ella una serie de acontecimientos, incluso anteriores a los de este período, que no han sido conocidos suficientemente por la inmensa mayoría de los militantes. Por eso la ocasión es propicia para comenzar a esclarecerlos, y darles su correspondiente interpretación política.

Desde luego, esta lucha le ha producido al Partido muchos problemas e inconvenientes. Para todos los compañeros aparece claro que una situación tan anormal como la vivida, y durante tanto tiempo, entraba la vida de la organización. Pero eso es lo obvio, lo que a casi nadie se le escapa. Debemos, sin embargo, asimilar muchas lecciones de esta batalla, en lo ideológico y en lo político. Los cuadros y la militancia tienen mucho que aprender, en todo sentido, del enfrentamiento con el grupo fraccional de los hermanos Nájnez.

Tenemos que desentrañar esas lecciones porque, como todas las luchas, ésta ha de servir para el desarrollo del Partido. La militancia es un proceso permanente de aprendizaje, pero en períodos específicos de confrontación interna como el actual podemos aprender mucho más. Con este criterio expondré el informe nacional.

Las condiciones están dadas para que estos problemas se puedan abordar con espíritu partidario y desde una posición científica. Como fruto de la actual lucha interna hemos aclarado el ambiente, que se hallaba bastante enrarecido, y puedo asegurarles que en el Partido reina una gran unidad, y que ya hay condiciones para tratar estos asuntos de la manera más fraternal, con el ánimo de analizar las opiniones divergentes, esclarecer la verdad y sistematizar las lecciones correspondientes.

Carácter de las luchas internas en el Partido

Las luchas internas del Partido tienen que ver tanto con las diferencias de clase dentro del mismo, como con las luchas ideológicas y políticas que se libran en la sociedad.

Siempre hemos dicho que la lucha interna tiene que ver con el fenómeno incuestionable de que a una organización como la nuestra ingresan elementos provenientes de clases no proletarias; de la pequeña burguesía, e incluso de la burguesía. El Partido ha tenido y tiene dirigentes y militantes de extracción burguesa, quienes en general, no en el sentido particular, traen a la organización el bagaje de las posiciones propias de su origen de clase. Pero también los obreros pueden ser portadores de la política burguesa dentro del Partido, aunque muchas veces estas posiciones no afloran, no se hacen evidentes para toda la militancia. Frente a ellas pueden suceder dos cosas: que con métodos como la crítica, la discusión, la educación, la vinculación a las masas y la experiencia que los militantes van acumulando, tales contradicciones se desvanezcan en provecho del marxismo y del proletariado, y haya rectificación de las posiciones no proletarias. O puede suceder que se agudicen. Lo importante de resaltar es que de todos modos el curso que en

uno u otro sentido toman las contradicciones sólo se podrá averiguar con el avance del proceso, con el desarrollo de los acontecimientos. Quienes emiten juicios a la ligera sobre estos asuntos, inevitablemente se equivocan.

Hace cuatro años les decía a los camaradas del Regional del Tolima que las decisiones organizativas no se pueden aplazar y deben cumplirse sin dilación, pero que las controversias en torno a cuestiones ideológicas y teóricas habían de someterse a un proceso mucho más largo, de estudio y discusión, y sobre todo de confrontación con la realidad. Que el Partido tiene que ser prudente en el tratamiento de estos asuntos. Sólo después de un proceso de debate y acción podremos, sin mucho peligro de equivocarnos, concluir que nos hallamos frente a tal o cual tendencia malsana dentro del Partido. Someterlos al juicio de la práctica es una actitud responsable y un método correcto.

No podemos descalificar a la ligera ninguna de las opiniones que contra la línea oficial existan o puedan existir en el seno del Partido. Para emitir un juicio perentorio sobre el carácter de determinada tendencia, hay que contar con la seguridad plena, comprobada por la realidad, no una vez sino incluso varias veces, de que esa tendencia es contraria a los intereses partidistas.

Es decir, hay que darle tiempo al tiempo. Los compañeros que no obren así, y que pretendan forzar el desarrollo de las cosas, terminarán por no ser comprendidos por la mayoría del Partido y aislándose, así les asista la razón. Además, el manejo de estas contradicciones internas debe regirse siempre por el lema de "tratar la enfermedad para salvar al paciente". Es decir, debemos hacer esfuerzos para persuadir a los compañeros de que acepten sus errores y los corrijan. Esta conducta crea un ambiente favorable para que las tareas y las orientaciones correctas reciban una adhesión amplia y sean acatadas por la militancia y por los cuadros. Únicamente cuando se llegue al convencimiento total de que nos hallamos frente a una corriente oportunista incorregible, cuya presencia sólo acarreará problemas políticos y organizativos internos, el Partido no tiene otra alternativa que señalarla por su nombre y colocar las contradicciones en el plano antagónico.

Eso fue lo que hicimos con la tendencia oportunista de los hermanos Nández el 16 de febrero de 1981, cuando en la reunión plenaria citada por el Comité Regional de Cundinamarca planteamos que la lucha era irreconciliable e irreversible. Ese día pronunciamos nuestra catilinaria contra los "hermanos", y les dijimos que ya no abusarían más de la paciencia del Partido. Los hechos eran demasiado obvios, el proceso se había completado. Había llegado el momento exacto en que para la casi totalidad del MOIR resultaba fácil entender la naturaleza de este grupo. Cuando planteamos la consigna de la arremetida general sabíamos que íbamos a encontrar una respuesta positiva de la militancia a nivel nacional, y principalmente en Cundinamarca y Bogotá. Si se repasan las notas sobre lo expuesto en el pleno del Regional de Cundinamarca, se encuentra que no fue mucho lo que hubo que decir. Ya todo estaba dicho.

Parece que el problema es al contrario, a la fracción le corresponde ahora decir que no está de acuerdo con nosotros; porque, bien o mal, las posiciones del Partido, sobre casi todos los temas, estaban expresadas de manera pública y diáfana. Tenemos nuestra identidad política, nuestras tesis y nuestro lenguaje. Es a ellos a quienes les corresponde tratar de demostrar que tienen tesis mejores para la clase obrera y para la revolución. Por eso se vieron obligados a hacer el pronunciamiento público en el periódico El Tiempo, mientras nosotros hemos tomado las cosas con mucha calma, sin tener que salir corriendo a responder.

Incluso teníamos la idea de sacar un comunicado explicando los problemas internos, para que el rompimiento no cayera como algo inesperado. Pero en la dirección nacional llegamos al convencimiento de que podíamos esperar y no perdíamos gente, antes lo contrario. La polémica, cuando se abrió, en cierta forma la llevó adelante la militancia sin una orientación concreta, basándose en la política y en las opiniones generales del Partido. He tenido el cuidado de mirar los planteamientos que al respecto hizo un buen número de camaradas, y me han sorprendido gratamente. Intervenciones a las cuales no les agregaría ni les quitaría una coma. Se inicia pues un período de polémica pública con la fracción, cuyos miembros tendrán que expresarse afuera, ya que los canales internos del Partido les han quedado vedados para siempre.

La primera gran experiencia consiste en que en el curso de las contradicciones dentro del Partido toda tendencia oportunista está condenada a aflorar, tarde o temprano, sin que tengamos que forzar artificialmente el curso de los acontecimientos. El compañero Oscar Parra me decía, en una de las conversaciones que tuve con él sobre la impaciencia de algunos militantes que trataban de apresurar las cosas, que la tendencia derechista de los Nájñez se manifestaría inevitablemente con el tiempo. Yo me identificaba con él en esa apreciación. No hay que olvidar que son diez años de historia partidaria en lucha contra esta tendencia; y en ese periodo tuvimos con ellos múltiples combates y escaramuzas, intensificados particularmente a partir de septiembre de 1979, sobre lo cual voy a hablar más adelante. La verdad es que nunca nos apresuramos. "El fruto no se puede cortar si no está maduro".

Se les satisfizo en todas las peticiones y exigencias burocráticas, incluso las que eran desmedidas; cuestión que a veces nos vimos obligados a hacer para evitar que la militancia se dejara engatusar por ellos. Mas nunca tuvimos que recurrir a procedimientos administrativos para mantener la orientación revolucionaria. Luchamos por la línea correcta del Partido durante una década, sin violentar su organización. Ésta es una valiosa experiencia. Conozco casos de compañeros que se impacientaron en el proceso. Incluso hubo algunos que no entendieron la necesidad de sacrificar determinados intereses y posiciones dentro del normal y correcto desarrollo de las contradicciones en el seno del Partido. Aparentemente esos compañeros estaban con la línea, y lo están, y estaban contra los Nájñez, y lo están, pero con su procedimiento incorrecto producían el efecto contrario al que buscaban y nos crearon más de un problema, alargando innecesariamente la pelea. Los camaradas deben pensar sobre esta conducta y sacar las lecciones respectivas.

La otra cuestión evidente es que la lucha interna tiene que ver con el desenvolvimiento de las contradicciones de clase dentro de la sociedad. Es decir, la situación de la revolución en su conjunto: sus avances o retrocesos, si se ve acosada por los enemigos, si falla en alcanzar determinadas metas, en fin, todos los altibajos de la lucha política repercuten ineludiblemente en el seno del Partido.

Por ejemplo, nuestra lucha interna en 1965 se llevó a cabo en medio del auge de las posiciones oportunistas de "izquierda" que por aquel entonces campeaban en el movimiento revolucionario colombiano. Peleamos adentro contra los portadores de estas posiciones, pero a la hora de la verdad la lucha era contra la tendencia que se hallaba en boga en diversos sectores sociales. Por eso es tan difícil la lucha interna. No se trata de combatir a dos, tres o docenas de individuos. A la larga, de lo que se trata es de combatir a centenares de miles que tienen una posición de clase a la que corresponden concepciones más o menos sistematizadas. Tales personas, con concepciones, nos declaran la guerra en todos los frentes de batalla. He ahí la dificultad.

En ese período las cuestiones vitales que teníamos que resolver eran la construcción del partido obrero, darle una teoría marxista-leninista a la revolución colombiana y elaborar una estrategia y una táctica correctas. Combatíamos el foquismo, el terrorismo. En el fondo era una batalla por sacar al Partido de la abstención y de la secta y lanzarlo a la lucha política revolucionaria.

Cuando enfrentábamos todas esas posiciones, y no se sabía cual sería el desenlace de la contienda, era inevitable que los oportunistas dentro del Partido consideraran que había llegado el momento para ellos, y afloraran para identificarse con las corrientes en boga. Por lo general, mientras no cuentan con un ambiente favorable en lo externo, estas tendencias internas no muestran su faz, continúan sembrando en silencio su semilla. Solo cuando el Partido se encuentra en dificultades, por su combate contra fuerzas superiores, cuando impera la ola contrarrevolucionaria que parece arrasarlo todo, cuando su avance está comprometido, entonces saltan a la luz pública y destapan todas sus secretas ambiciones.

En 1965 la situación internacional influyó en la pelea. La tendencia predominante era la oportunista de "izquierda", porque contaba con ambiente favorable a nivel nacional e internacional. En una u otra forma, toda esa tendencia oportunista de "izquierda" tuvo su epicentro en La Habana. Es decir, en el fondo se luchaba contra la autoridad de la revolución cubana, la primera revolución antimperialista victoriosa en el continente, que traía un nuevo mensaje y una nueva táctica. Tácticas y mensajes pequeñoburgueses que fueron recibidos y asimilados con alborozo por toda la juventud latinoamericana, y notoriamente por la de Colombia.

Recuerdo que, pese a lo incipiente de nuestra organización, nosotros podíamos controlar internamente a los representantes de esa tendencia. Pero el problema radicaba afuera. En las universidades, siempre que un compañero no muy claro se ponía en contacto con una organización ganada por el oportunismo, empezaba a vacilar. En muchas partes tuvimos que tomar la sabia decisión de romper orgánicamente con todos los sectores estudiantiles. En Antioquia dimos la orientación de que los estudiantes que querían pertenecer a nuestro Partido tenían que salir de la universidad y vincularse al movimiento obrero. En ese periodo no pudimos construir nada en el movimiento estudiantil, todos los esfuerzos fueron inútiles. Esa medida parecía extrema, pero fue necesaria porque la influencia externa era muy fuerte.

La lucha interna actual también está íntimamente ligada con la contienda que libramos afuera contra la tendencia oportunista en boga: la revisionista liberal que hemos venido combatiendo. Esta lucha se inicia con una característica principal o determinante, que se reafirma a finales de 1974 y principios de 1975, cuando rompemos la alianza que teníamos con el Partido Comunista Colombiano en la Unión Nacional de Oposición, UNO. Desde entonces cambiamos el blanco de ataque, ya que son otros los problemas que tenemos que solucionar, bastante diferentes a los de 1965; ahora es contra el oportunismo de derecha.

Esta nueva lucha tiene que ver con el desarrollo de la situación internacional. En el último editorial de Tribuna Roja (TR No.37, de febrero de febrero de 1981, titulado "Los misterios de la política internacional), se hace un esfuerzo por demostrar este entronque. El auge de esta tendencia tiene que ver con la contradicción entre las dos superpotencias, con la ofensiva militar estratégica del socialimperialismo por apoderarse del mundo y con la consigna de "distensión" de Carter y su prédica por los "derechos humanos", aupada a su vez por los revisionistas.

Tiene relación con todos esos factores y también, como lo hemos señalado públicamente, con el auge del despotismo en Colombia. En los períodos de aumento de la represión política ha surgido siempre en todos los países, y dentro de los partidos proletarios, una tendencia que trata de ocultar las posiciones revolucionarias, de clase, del proletariado. El ímpetu de estas tendencias nos ha puesto en calzas prietas y ha estimulado a los oportunistas dentro del Partido. A esto se debe la irrupción de Ricardo Samper en 1977, de Carlos Bula y César Pardo en 1978, y de los hermanos ?_áñez en 1981.

Esas tres batallas internas tienen como denominador común la necesidad de enfrentar el auge del oportunismo en el conjunto de la sociedad colombiana. Ante nuestras dificultades, cada una de estas fuerzas creyó, en su momento, que había sonado la hora para poner en tela de juicio las posiciones del Partido. Se atrevieron a dar el salto hacia el vacío, convencidos de que los iban a recibir muchos amigos y de que lograrían romper el aislamiento. Buscaron otras toldas para salir de los problemas en que estaban metidos. Escucharon los cantos de sirena del exterior. Se fueron tras el tufillo que enrarecía el ambiente. Pero si no hubieran existido esas corrientes liberales, ni ese ambiente, ni ese tufillo, seguramente los tendríamos todavía dentro del Partido.

En resumidas cuentas, esas tres batallas internas y consecutivas del Partido, en su orden, contra el arribismo, contra el liberalismo y el cretinismo parlamentario, y contra el fraccionalismo de derecha, se enmarcan en la lucha contra el despotismo y el oportunismo prevalecientes en el país. Las conductas y planteamientos de tales tendencias antipartido se parecen entre sí.

El viraje táctico del MOIR

En efecto, los hermanos Nãñez han sostenido, al igual que lo hicieron Carlos Bula y César Pardo, que la dirección del MOIR ha cambiado sus orientaciones originales. En uno de los últimos esfuerzos por sustentar sus divergencias, sostuvieron que desde 1978 el Partido cambió su política central y que ese fue el origen de las contradicciones. ¡Resultamos culpables de violar la línea del Partido! Pero en ésta, como en todas las mentiras, hay algo de verdad: en cierta medida si hemos virado en la táctica. Actualmente, en el periodo de lucha contra el oportunismo de derecha, aunque seguimos defendiendo una misma concepción de los problemas, sí se presentan conflictos distintos a resolver, otras desviaciones exigen otros objetivos inmediatos, y por lo tanto hacemos hincapié en determinados aspectos de nuestra política. Cambian los blancos de ataque y se convierten en enemigos principales quienes ayer eran enemigos secundarios. Hemos hecho cambios en nuestra táctica, en eso los Nãñez tienen la razón, pero ese viraje se debe a algo en que ellos no están de acuerdo: que le hemos declarado la guerra a la tendencia oportunista de derecha.

Dejemos clara una cuestión: no hemos cambiado nuestros principios. Al examinar estos asuntos, un observador superficial podría concluir que hemos cambiado los postulados fundamentales, lo que es inadmisibile para un partido revolucionario. No es el caso: siempre hemos tenido una sola concepción ideológica y hemos defendido los mismos principios. Lo que sucede es que tenemos que poner énfasis en determinados puntos y dejar de insistir en otros que ya no se debaten tanto, por haber sido más o menos aceptados por el movimiento revolucionario en general. Es decir, son virajes que tienen que ver con la táctica. Podemos dar varios ejemplos pertinentes:

Viraje en la lucha electoral

Miremos cómo enfocábamos el problema de la participación en las contiendas electorales antes, y cómo lo hacemos ahora. Cuando dentro y fuera del Partido libramos nuestra batalla contra el abstencionismo, decíamos: hay que utilizar la lucha electoral y la tribuna parlamentaria, aunque sean limitadas y el parlamentarismo esté desahuciado históricamente. Hoy hemos invertido los factores: señalamos lo limitado de esta lucha, el control de la misma por el enemigo, lo decrepito del parlamentarismo, así lo sigamos utilizando. Son aspectos distintos de una misma contradicción. Ayer lo predominante era el abstencionismo electoral y hoy predominan las ilusiones parlamentaristas.

Por eso ayer poníamos el énfasis en que se debía utilizar ese método de lucha, y dimos toda clase de argumentos para defender ante los camaradas lo correcto de esta posición. Hoy, en general, éste es un punto que no se debate en el seno del movimiento revolucionario colombiano. Ya hasta los más dogmáticos de los grupúsculos levantan la bandera de la participación electoral, y tenemos que discutir con ellos para que no se entusiasmen tanto con las elecciones y con el parlamento y para que no se olviden de que las clases oprimidas, y sobre todo que los esclavos asalariados, están en una gran desventaja en ese tipo de contiendas.

Bula nos hacía el debate y decía que no sacábamos más votos dizque por los errores del Partido, por la táctica y porque no debilitábamos el programa, pero en su alegato no decía nada sobre la inferioridad en que se encuentra un partido proletario en Colombia, frente a unas clases expertas, que cuentan con el aparato estatal, con el poder que da el dinero, con todos los medios de comunicación controlados. Para el oportunista, o para el observador superficial, queda muy fácil decir: es que el MOIR cambió su orientación frente al problema. Sí y no. Sí, porque ahora ponemos énfasis en un aspecto que antes no subrayábamos. No, porque mantenemos nuestra concepción general: utilizamos la lucha electoral, pero sabemos sus limitaciones.

Viraje al considerar el frente único y la burguesía nacional

Otro ejemplo es el de la concepción sobre el frente único. Ayer hablábamos sobre la necesidad de la alianza con la burguesía nacional, y de ésta como posible aliada del proletariado en la revolución nacional y democrática, así no tuviera una manifestación muy clara, su carácter fuera vacilante y representara el ala derecha del frente patriótico. Hoy hacemos hincapié en que el frente no se puede guiar por los postulados programáticos reformistas de la burguesía nacional, así luchemos por conseguir un acuerdo con ella; pero un acuerdo revolucionario. Ayer luchábamos contra el sectarismo de quienes rechazaban todo compromiso, y nos tocó comenzar por probar la existencia misma de una burguesía que tenía contradicciones insalvables con el imperialismo y sus intermediarios. Hoy hay que insistir en que esa burguesía a veces le teme más al pueblo que al imperialismo, en que no podemos ceder ante sus tendencias derechistas, ni fomentar sus vacilaciones, ni permitirle la engañifa de que se pueden curar las actuales dolencias de la sociedad sin extirpar el origen de las mismas. Nos esforzamos por explicarles a nuestros camaradas que si el MOIR se va a la cola de esta tendencia, hipoteca su independencia política y traiciona la revolución. Si nos vamos detrás de la teoría oportunista en boga, ponemos en juego la independencia de clase del Partido y su legítima aspiración a dirigir la revolución. Esta batalla, su desarrollo, no depende únicamente de nosotros. Está en discusión uno de los problemas centrales, el de quién dirige a quién, y el Partido debe hacer un esfuerzo por esclarecerse a la militancia y a las masas.

Las concepciones proletarias

El proletariado debe combatir al imperialismo desde sus propias posiciones de clase, más avanzadas que las de aquél, y jamás desde las posiciones atrasadas del feudalismo, de la burguesía nacional o de la pequeña burguesía. Debemos trabajar con el enfoque de las concepciones socialistas, entendiendo éstas como la única dirección para la derrota del imperialismo. Todas las demás soluciones están ya rebasadas por la historia y no regresarán; sólo regresan en las ilusiones y en la mente de los hombres.

Frente al monopolio, por ejemplo, la burguesía nacional solo reclama que se le controle, o el absurdo de democratizar las sociedades anónimas, o sea, que se dé más libertad a los grandes potentados para que acumulen más riquezas aún y especulen en su beneficio con los dineros del pueblo. La burguesía se queda en el esfuerzo por controlar los nefastos efectos de la competencia monopolística. Estos remedios han sido aplicados aquí y en muchas partes, y se ha constatado que no hay norma escrita ni ley que detenga al monopolio. El proletariado lo que exige es la confiscación y estatización de todos los monopolios, única medida revolucionaria que contribuye al progreso de la sociedad y que sirve de base central para practicar el control y la planificación de la economía nacional en manos de un Estado de obreros y campesinos.

En esa diferencia de concepciones están en juego cosas supremamente importantes. Por eso debemos aclarárselas a las masas y a la militancia del Partido, y exigirles definición a las diferentes fuerzas políticas y sociales, que mantienen sobre esto un silencio olímpico; como olímpico es el desprecio que tienen por la teoría revolucionaria. No somos los sumos sacerdotes revolucionarios, nos falta mucho por recorrer y somos concientes de nuestras debilidades, pero las demás fuerzas eluden este problema de plano, no responden a ninguna de las tesis que hemos planteado desde hace más de un lustro. Todo lo reducen a una andanada de ataques, generalmente calumniosos, que nada tienen que ver con el fondo de las cosas.

Frente a los rezagos feudales, ¿qué dice la burguesía nacional? Lo mismo que dice la oligarquía: que hay que hacer una reforma agraria con base en la consigna de comprarles una parte de la tierra a los terratenientes y vendérsela a los campesinos. Es la fórmula de la compraventa y el endeudamiento. La gran propiedad territorial en Colombia es uno de los factores que más ha contribuido al encarecimiento de las cosas. La burguesía suspira por una modernización del campo sin tocar el régimen de explotación terrateniente, ni la dominación colonial, verdaderas trabas determinantes del estancamiento de la producción nacional y, desde luego, de la producción agraria. Ninguno de estos problemas son tocados por las soluciones reformistas de la burguesía.

¿Qué planteamos nosotros frente a este problema? La confiscación de la tierra de los grandes terratenientes y su repartición entre los campesinos que la trabajan. Es decir, planteamos una solución revolucionaria. Atacamos uno de los soportes del imperialismo, el poder y la riqueza de una clase intermediaria, que juega un papel clave en la explotación de las clases populares en el país.

Sobre esto hay discusiones en el seno del Partido y me parece bien que las haya. Todavía nos hace falta dilucidar cosas. Pero hay algo claro, y es que la solución que estamos defendiendo, o tenemos que defender, es una salida revolucionaria distinta a las salidas reformistas y conciliadoras de la burguesía.

Frente al Estado, ¿qué plantea la burguesía nacional? Defiende el estado representativo y los derechos humanos. La burguesía nacional lo que quiere es que

este Estado funcione bien, que su máquina se perfeccione al máximo, que opere bien para que no se dé pie a habladurías contra la república oligárquica. Es una solución vieja, tan vieja que es evidentemente reaccionaria.

¿Qué plantea el proletariado? La destrucción del Estado oligárquico, es decir, el de la dictadura oligárquica. Y la instauración de un Estado de todas las clases y capas revolucionarias, o sea, la instauración de una república de Nueva Democracia en Colombia. La aclaración de estos puntos es clave, no sólo en lo que se refiere a la grave crisis de la sociedad colombiana, sino en cuanto a que esos problemas son vitales para educar y preparar al proletariado con miras a su emancipación. No podemos aceptar el criterio de que como estas cosas ya se conocen, no necesitamos plantearlas.

Tal vez puedan estar claras para la vanguardia esclarecida. Pero eso no basta. Nos interesa es que lo estén hasta para el último obrero en Colombia, hasta para el más atrasado; que entienda qué es, y qué importancia tiene el problema del Estado, y que comprenda que la solución reformista del Estado representa la continuidad de la esclavitud asalariada. mientras que la otra posición, la del proletariado, que es la nuestra, representa el comienzo mismo de su emancipación. Por eso no podemos dejar de aclarar ese problema en la lucha contra la burguesía nacional, nuestro potencial aliado.

Frente al imperialismo, ¿qué plantea la burguesía nacional? A lo sumo ha llegado a protestar tímidamente por las consecuencias de la expoliación imperialista sobre nuestro país. A ella eso la preocupa, y hemos visto últimamente en la prensa claras manifestaciones de esa preocupación. Cuando en los años setentas libramos la batalla en torno a la existencia de la burguesía nacional, sus expresiones eran muy pocas y difíciles de encontrar. Suelo contar una anécdota sobre una charla que tuve con Enrique Santos Calderón, en medio de ese debate. Él me decía: "¿Dónde está su burguesía nacional?", y como era la única pregunta que no le podía responder en ese momento, pues no había aún expresión política consecuente de esa burguesía, yo le contesté con otra pregunta: "¿Dónde está su proletariado revolucionario? ¿Son acaso los Cuevas, los Mercados, los Pastor Pérez, ese proletariado revolucionario?" Evidentemente ni la burguesía nacional ni el proletariado tenían expresión política revolucionaria clara. Pero no por ello se podía negar su papel en el proceso.

Pero ahora la burguesía nacional sí se está manifestando, y más de lo que se podía esperar. Lo que pasa es que no da más de allí sin nuestra ayuda, sin la ayuda del proletariado. ¿Qué es lo que les preocupa? Los excesos y secuelas del yugo impuesto por el capital financiero. Gimen a toda hora por los intereses elevadísimos, confiscatorios, como dicen ellos. Es una pobre burguesía que está condenada a tener una tasa de ganancia alrededor de 100% para sobrevivir a la inflación y a las tasas de interés de 40% o más, y se despeluca por la competencia de las mercaderías de la gran industria extranjera. Pero estas contradicciones, que son amenazas de ruina, ¿cómo las encara la burguesía nacional? Recurriendo a reclamos y acuerdos con el imperialismo, lo cual, en cuanto al método, tiene similitud con la manera como trataban de resolver los Ñáñez sus problemas dentro del MOIR.

La burguesía nacional no niega la existencia del imperialismo. No quiero decir eso. Pero, en su lucha, a lo más que se atreve es a pedir la eliminación de las consecuencias desastrosas de su dominación; lo cual es una ilusión, pues sería tanto como destruir el efecto dejando intacta la causa. Puede ser que algunas veces el imperialismo les acepte acuerdos (nosotros también los hicimos con los Ñáñez). Pero llega el momento en que los acuerdos no funcionan. En algunas circunstancias el

imperialismo puede decir: vamos a subirles el precio a las flores, porque se nos desquicia la economía colombiana. Sin embargo, el imperialismo no siempre puede controlar las fuerzas por él mismo creadas y finalmente la situación la plantea: o ustedes, o nosotros.

No se ha escuchado que la burguesía nacional diga: el problema del desarrollo del país tiene que ver con el respeto de la soberanía nacional. El desarrollo del capitalismo incipiente, como es el caso del capitalismo nacional, presupone la libre competencia. Sin ella no puede haber desarrollo para las fuerzas nacientes; y la libre competencia solo se puede garantizar con la defensa de la soberanía, con el control pleno del mercado interno. Aquí también salta el problema del temor que la burguesía le tiene al pueblo. Temen desatar la ira popular y sucumbir achicharrados en ese incendio.

¿Qué planteamos nosotros frente al imperialismo? Sostenemos que la liberación nacional es indispensable para lograr el desarrollo del país, e incluso para prolongar la existencia de los miembros de la burguesía, nuestros contradictores actuales, que de todas maneras desaparecerán a la larga, porque el proletariado no puede darles seguro de vida a las clases explotadoras. En cambio, el proletariado sí permanecerá hasta la desaparición de las demás clases. En una palabra, planteamos la independencia como requisito fundamental para el desarrollo nacional y la felicidad del pueblo, que sólo alcanzaremos con la unidad de todas las clases expoliadas por el imperialismo y sus intermediarios.

Hay otra diferencia con esa burguesía que no podemos pasar: que ella es nacionalista por naturaleza, como es internacionalista por naturaleza el proletariado. Esto tiene consecuencias a largo y corto plazo. La burguesía nacional quiere que las diferencias nacionales se mantengan, y con ellas sus intereses de clase. A diferencia de las burguesías nacionales, el imperialismo es internacionalista a su modo; y para oprimir ha tenido que renegar del nacionalismo. Se volvió internacionalista con la opresión de los pueblos. Todas estas cosas son del A B C de nuestra política, y hasta vergüenza me da con ustedes insistir en ello. Pero hay consecuencias de esta política en la vida diaria. La burguesía nacional aprovecha el sentimiento y las diferencias nacionales para engañar a las masas. Exactamente lo mismo que hace la burguesía intermediaria.

En Colombia, en el fondo, todos ellos son lacayos del imperialismo. Pero ahora hay una ola de alharaca patrioterista. Se escriben artículos de prensa diciendo que nos han robado territorio. Vásquez Carrizosa se desgarró las vestiduras porque le dicen que entregó parte del territorio nacional. Pastrana acusa a López de entregar el derecho colombiano de tránsito por el canal de Panamá en las negociaciones con Torrijos y Estados Unidos. López sale a tratar de probar que no fue así, y alega que él ha sido defensor de los intereses patrios. Pero recordemos que la guardia nacional del hermano país tuvo que poner preso al parlamento panameño para asegurarle a la burguesía colombiana el derecho al tránsito por el canal y por un ferrocarril que no se usa.

Yo les argumentaba a algunos compañeros cuál debe ser la posición del Partido al respecto. No queremos ese derecho, pues sólo sirve para que López reclame su reelección presidencial agitando los derechos nacionales. Marroquín, cuando entregó a Panamá, dijo: "Me dieron una patria y devuelvo dos". López alega que le entregaron un millón de hectáreas y que con los acuerdos de áreas marinas y submarinas recibió otro millón. Y según él, "un candidato que es capaz de duplicar la patria merece el respaldo del país".

En un informe que nos presentó el compañero Enrique Daza sobre el conflicto actual del Perú con el Ecuador, describía la debilidad de estos regímenes y cómo ambos están de acuerdo con la guerra. El gobierno del Perú está con un pie en el aire, y por eso ataca a su vecino para recibir el respaldo de las masas. Es un nacionalismo falso: fieros frente a los pobres ecuatorianos que no tienen nada, pero mansos frente a la explotación de los Estados Unidos. Vásquez Carrizosa y López están en carreras tratando de recomponer su estatus, agitando el trapo raído del nacionalismo burgués. La política es la lucha para ver quién se gana a las masas. Y nosotros, a la vez, no podemos lograr su apoyo si no desbrozamos estos asuntos. Por eso condicionamos nuestra solidaridad internacional; no vamos a apoyar el nacionalismo burgués en ninguna parte.

Existen realmente diferencias nacionales que tienen que ver con problemas limítrofes y de desarrollo económico, las cuales determinan que durante un gran período de tiempo la humanidad esté dividida en bloques nacionales. El proletariado no hace caso omiso de eso. El marxismo no está de acuerdo con esas divisiones, pero da una solución: la autodeterminación y el respeto a la soberanía. Eso lo ha explicado el Partido. Pero hay una conspiración del silencio. ¿Cuánto durará? Depende del desarrollo nuestro. Llegará un momento en que tengan que referirse inevitablemente a estos problemas. Deponemos todo lo secundario para lograr la unidad del proletariado mundial, y la unidad de los pueblos. Todo lo cual es básico para la derrota del imperialismo.

¿Por qué tiene que haber una soberanía y la autodeterminación de los pueblos? Porque existe el imperialismo. La autodeterminación es una fórmula para lograr el entendimiento entre los pueblos y países. Además es un derecho democrático. En el breviario del revisionismo están todos los derechos humanos, menos éste que involucra a los individuos como conjunto de naciones. Sin el derecho a la soberanía no hay derecho a nada, pues será el imperio el que regule todo, hasta la vida íntima de las personas. ¿Es éste un derecho democrático o no lo es? Eso, no lo mencionan. Nosotros somos consecuentes internacionalistas, lo vamos a defender. Vamos a demostrar la diferencia y la utilidad de esa diferencia.

Algunos aliados nuestros hablan de los derechos humanos. Es que no escapan a lo que estamos diciendo; representan un sector de la burguesía, con todo lo que eso implica. El problema nuestro es si por esa divergencia rompemos con ellos o no. No lo vamos a hacer. Pero sí tendríamos que romper si imponen su concepción dentro del Frente. En la carta que enviamos a Firmes lo aclaramos con los Tres cerrojos de la unidad: 1. Programa nacional y democrático, 2. Normas democráticas de funcionamiento para el Frente y, 3. No alineamiento internacional. Con esos tres compromisos nos garantizamos la aplicación de la política, de la línea general del Partido. Si más adelante es indispensable, los modificamos. No somos estúpidos. A los aliados tendremos que tratarlos de acuerdo con sus condiciones particulares. Pero es claro que a todos los une el cretinismo parlamentario y la tendencia oportunista en boga. Vamos a dar la batalla, y para eso tenemos que comprender esto a cabalidad.

Las divergencias con la burguesía nacional tienen un fondo de clase. Toda esta concepción burguesa tiene que ver con que, para su propia existencia, la burguesía nacional necesita que exista el modo de producción capitalista. No le sirven los excesos del capitalismo imperialista, pero sabe que si desaparece la democracia burguesa, las relaciones de la libre empresa, se pone en juego su existencia como clase. Esto les sucede a todas las clases explotadoras de la sociedad, y por eso reivindican la permanencia de las condiciones vigentes. El proletariado, en cambio,

cifra su porvenir en la destrucción de las relaciones de producción reinantes, pues desde el punto de vista general no tiene nada que conservar.

En la revolución nacional y democrática, aunque no planteamos la expropiación de todos los capitalistas, sí tenemos con la burguesía nacional divergencias antagónicas que no vamos a ceder. No estamos planteando la eliminación de toda forma de propiedad. Queremos suprimir las formas monopólicas, la imperialista y la terrateniente, sobre todo. Pero la burguesía nacional cree que con eso se acabará el capitalismo como tal y por ello no le gusta hablar del tema. Sólo a través de la lucha y la pelea de las masas se obliga a que la burguesía nacional, pese a sus vacilaciones, no tenga más camino que participar en la revolución. Pero el proletariado no se puede equivocar planteando una lucha que suprima todas las formas de propiedad privada, porque entonces la burguesía nacional quedaría sin salida.

El gran resumen de todo este punto, conviene repetirlo, es que tenemos divergencias, contradicciones no despreciables con la burguesía nacional, y debemos explicárselas al proletariado y al Partido. En eso consiste el problema de quién dirige a quién. Si la revolución nacional y democrática continúa después hacia el socialismo o no, tiene que ver con la lucha de clases del proletariado, es decir, si marcha con su propia política o con la política burguesa. Para ello ha de luchar contra el oportunismo y el revisionismo. Nosotros hace rato tomamos partido. Lo que hoy ocurre es que los Nández siguieron abiertamente por el otro camino.

Hemos explicado la razón por la cual, en este período, el MOIR tiene necesariamente que poner el énfasis en aspectos distintos, con matices y puntos políticos diferentes a los que resaltábamos en el período anterior. Hablamos sobre el comportamiento nuestro en la relación con la burguesía nacional: Primero, se puso énfasis en la unidad con ella. Segundo, ahora, el énfasis está en ir contra sus posiciones vacilantes y reaccionarias. Si no entendemos esto, no podremos tener la dirección del frente.

Viraje en la lucha sindical

Voy a continuar con ejemplos que ilustran este principio sobre las distintas posiciones según el período, que aparentemente hacen pensar que los nuevos enfoques del Partido constituyen un viraje en relación con sus concepciones generales.

Ayer hacíamos hincapié en las necesidades de utilizar los sindicatos y la lucha económica de los trabajadores, de participar en los sindicatos dirigidos por los reaccionarios, así nos tuviéramos que enfrentar con las tendencias economicistas y derechistas que medran en el movimiento sindical colombiano. Poníamos la fuerza en las reivindicaciones económicas de los trabajadores.

Los compañeros que participaron en la lucha sindical y enaltecieron esta batalla para el Partido fueron calificados como secretarios de tradeunión. De hecho, desde el primer momento en que estuvimos en este tipo de lucha fue necesario enfrentar el economismo de la concha sindical; pero lo que en ese entonces estaba en duda era qué tipos de criterios se tenían para combatir el oportunismo. El blanco principal de nuestra propaganda revolucionaria se dirigía contra quienes despreciaban dentro y fuera del MOIR la lucha cotidiana de los trabajadores. El oportunismo de "izquierda" se opone a toda forma de lucha política de los trabajadores, a toda forma de lucha de clases, incluida la sindical. Su principal bandera era el abstencionismo político. Sin vencer esta resistencia, el Partido no podía entrar a resolver los demás problemas de la elevación de conciencia por parte de los trabajadores. Este punto ya no está en

discusión en el seno del movimiento revolucionario colombiano. Ahora, hasta los más atrasados reivindican la necesidad de participar en la lucha sindical.

Hoy los problemas que tenemos en este frente son otros, muy distintos. Desde 1974, a raíz del rompimiento con el Partido Comunista Colombiano en la UNO y en la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia, CSTC, comienzan a campear dentro del movimiento sindical una serie de acuerdos con el esquirolaje, donde éste impone las condiciones. Realmente, el triunfo temporal que obtienen estas fuerzas con la movilización en el paro cívico nacional de septiembre de 1977 le da sustento a esta tendencia. De allí que el acuerdo con las camarillas de la Unión de Trabajadores de Colombia, UTC, y de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, y la propaganda alrededor de otro eventual paro cívico, hayan dado para absolver las distintas villanías cometidas por los dirigentes de UTC y CTC..

Han proliferado hechos cuyo oportunismo no tiene antecedentes, como el de condecorar con el "Galán obrero" al ministro de Trabajo de turno; ver a los principales dirigentes de estas camarillas amarillas tomando asiento en la dirección de los partidos tradicionales y participando en las elecciones como candidatos de esos partidos, y que eso no mueva a la crítica, es inaceptable. En otros tiempos, el movimiento revolucionario no dudaba en señalar eso como una traición. Ahora basta que se levante la consigna del segundo paro cívico nacional, y que se publique por enésima vez el mismo comunicado al respecto, para que se olviden todas las fechorías y felonías de los dirigentes sindicales. Apoyaron aspectos del Estatuto de Seguridad, pero eso también se les alcahuetea y se les absuelve porque siguen hablando del paro y porque así sostienen el aparato unitario del Consejo Nacional Sindical. Hay una especie de frenesí dentro de lo que se cataloga como movimiento revolucionario por apoyar esa unidad sin principios. Que yo recuerde, nunca en público un dirigente sindical había recibido del jefe del Estado el cheque oficial de su soborno como ocurrió en Pasto ante el aplauso de la tribuna. Pero eso no mueve a la menor observación crítica. Parece como si fuera algo absoluta y completamente normal; como si el salario de la traición hiciera parte de la táctica. Es continuar postrando la clase obrera en manos de sus principales verdugos.

Ninguno de estos puntos, que tienen que ver con la posición de clase del proletariado y con la misión de los sindicatos, se plantea. Nosotros sabemos que los sindicatos son la forma inicial de la organización de los obreros, y que surgen espontáneamente por la necesidad que tienen estos de defender sus intereses económicos contra el patrón en la fábrica y también contra los patronos unidos. Pero los sindicatos no se pueden circunscribir a este tipo de lucha. Deben combatir por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, pero lo fundamental es acabar con el trabajo asalariado. Las conquistas económicas que arranque el proletariado deben entenderse como logros que contribuyen a una mejor condición física y moral con miras a librar la batalla por su emancipación. De lo contrario el movimiento obrero no saldrá jamás de la lucha burguesa, pues el marxismo señala la lucha propiamente sindical como una lucha burguesa.

Hace más de un siglo, Marx les decía a los obreros que no podían renunciar a la batalla por mejorar su condición dentro de la sociedad actual, porque eso sería someterse cobardemente a las componendas de sus explotadores, pero que además, y sobre todo, debían levantar en todas las luchas la bandera de su liberación. En este período nos toca insistir en el segundo aspecto. La orientación para los trabajadores es que conviertan sus sindicatos en organizaciones sindicales revolucionarias. En ese sentido, el problema del enfrentamiento ideológico con el oportunismo tiene que ser materia de discusión dentro de los sindicatos. Los dirigentes obreros tienen que

demostrar que luchan por los intereses materiales de sus afiliados, pero que esa lucha está enmarcada en la gran batalla estratégica por resolver los problemas generales de la sociedad y de la nación, por sacar avantes los intereses de millones de personas, y que lo hacen desde su posición de clase.

Sobre lo anterior hemos avanzado en algunas partes. Como ocurrió con la refutación que se hizo a Omar Nájuez quien criticaba la última asamblea de Sittelecom por, según él, el exceso de politización y el despliegue mural que los compañeros habían hecho contra las camarillas de UTC y CTC, en torno de los puntos fundamentales que están en pugna. La posición de Omar no era correcta. Hay frentes sindicales donde para la elección de los directivos se vota por las corrientes políticas, lo que es un gran progreso. En Telecom sucede esto. En esta etapa debemos poner énfasis en la necesidad de la discusión política en los sindicatos.

Muchas de las diferencias que vamos a tener en el magisterio y en otros frentes versarán sobre lo explicado antes. No me refiero a la lucha interna sino a la pelea general por el control de estos frentes. A mí me pareció que la lucha contra el PC aparece como cosa secundaria, y es preocupante que en Fecode se ponga el acento en lo gremial, mientras lo político, lo principal, se deja de lado. Allí en Fecode se concilió, como se concilió en todo el movimiento obrero dirigido por Omar. Los Nájuez saltaron a decirles que sí a todas las posiciones de la derecha, y a unirse con ella, por lo cual tuvimos muchos problemas. En este contexto se libró el debate encabezado por José Fernando Ocampo en el seno de Fecode contra la tendencia oportunista y se hizo la crítica a las camarillas de UTC y CTC por su demagogia en torno al paro cívico. Sobre este punto hay que hacer hincapié. En un informe de Voz Proletaria, donde nos dedican una andanada, traen como gran noticia que declararon, otra vez, el segundo paro cívico nacional, y que cualquiera que fije posición en contra es calificado como enemigo y conciliador con Turbay. Ellos siguen agitando los laureles de 1977 para continuar cometiendo toda clase de tropelías. El proletariado no les puede aceptar eso como excusa, y debe entender que es una de las tantas maniobras del esquirolaje.

Respecto a este último asunto es bueno mencionar que nuestro rompimiento con el Partido Comunista tuvo que ver con la concepción de "aspectos positivos y negativos" que planteaba frente al "Mandato de hambre" de López Michelsen, con el comportamiento antidemocrático del PC en detrimento de la unidad sindical que se había alcanzado, y con la exigencia de alineamiento al lado de Cuba después de la invasión que ese gobierno perpetró en Angola, todo inaceptable para nosotros.

En el programa de la UNO, y en el proceso de unidad sindical, se aprobó con total claridad el ataque a las camarillas de UTC y CTC. Nosotros hemos hecho acuerdos transitorios con los esquirolas, no nos negamos a hacer compromisos en circunstancias concretas con nadie. Pero un compromiso temporal con el esquirolaje no nos puede hacer renunciar a plantear la política central frente a ellos. Eso sería arriar las banderas revolucionarias. Las corrientes oportunistas tienen minado el movimiento obrero colombiano, y por eso durante décadas la única y verdadera línea sindical debe ser la de politizar a los trabajadores y sus organizaciones. En mis correrías nacionales pude notar que en el MOIR viene haciendo carrera la opinión, puesta en circulación por los Nájuez, de que no tenemos línea sindical. Algunos acogen esto espontáneamente, y otros sabiendo bien de qué se trata. Nuestro Partido sólo puede trazar una línea sindical: convertir los sindicatos en sindicatos revolucionarios. Es una línea para varias décadas, no para uno o dos años.

Uno se pregunta: ¿Qué es lo que estos señores entienden por línea? Y meditando, se encuentra que el problema se encuentra en que no hacemos los acuerdos que ellos

quieren. En últimas, lo que los mortifica es que no tengamos la consigna de crear una central. Este punto se ha discutido mucho entre nosotros. Pero ellos no entienden que todo problema organizativo está determinado por el desarrollo del Partido, por la fuerza que éste tenga. Lanzar la consigna de crear una central obrera sería una inconsecuencia en este momento. El oportunismo dice: es que ustedes no lanzan la consigna. Pero si la lanzamos, serían los primeros en oponerse a su realización. Esto hay que tenerlo muy en cuenta para llevar adelante la lucha interna en los sindicatos. Es alrededor de estos problemas como se educa al proletariado, como se lo puede sacar del economismo y lograr que avance. Para ello debemos derrotar la concha sindical, esos dirigentes de diez, veinte o treinta años medrando en el movimiento sindical, y que son los que frenan el progreso político de los trabajadores.

El movimiento sindical colombiano lleva mucho más de medio siglo, pero en el fondo no ha sido revolucionario. Siempre ha tenido al mando la política liberal, y con ella han vivido vegetando dirigentes que, sin haber trabajado nunca, han hecho de la traición su modus vivendi. En esas condiciones el movimiento sindical no puede avanzar. Tiene que abrirse el debate sobre los problemas ideológicos y políticos, especialmente en los sindicatos. No es raro que el principal baluarte del grupo de los ?_añez sea la burocracia sindical. No estamos ante una particularidad exclusiva de nuestra situación, ya que estos fenómenos son una constante de todas las épocas y de todos los países. Paralos marxistas siempre ha sido un problema lo que atañe a la dirigencia sindical. Lo fue para Marx y para Lenin. El sindicalismo es en esencia una escuela burguesa, es el marasmo, la rutina, el estancamiento, la costumbre. La política no le puede llegar sino desde afuera.

Lenin, citando a K. Kautsky, trae en su libro ¿Qué hacer? el siguiente comentario (V.I.Lenin. Obras completas. Tomo V, pág. 439. Editorial Cartago): "La conciencia socialista aparece (para algunos) como el resultado necesario y directo de la lucha de clases del proletariado. Pero esto es completamente erróneo. Por cierto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clases del proletariado, y, lo mismo que ésta, surge de la lucha contra la miseria y la pobreza de las masas, miseria y pobreza que el capitalismo engendra; pero el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y uno no se deriva de la otra; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir sólo sobre la base de un profundo conocimiento científico. En efecto, la ciencia económica contemporánea constituye una condición de la producción socialista lo mismo que la técnica moderna, pongamos por caso, y el proletariado no puede crear la una ni la otra, por mucho que lo desee; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la intelectualidad burguesa: el socialismo moderno surgió del cerebro de algunos miembros de esta capa, y ellos fueron quienes lo transmitieron a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual; éstos, a su vez, lo introducen luego en lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde afuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que surgió espontáneamente de ella".

Y en otro aparte de esa misma obra, Lenin agrega: "Frecuentemente se oye decir: la clase obrera tiende espontáneamente hacia el socialismo. Esto es muy justo en el sentido de que la teoría socialista revela, con más profundidad y precisión que ninguna otra, las causas de las calamidades que sufre la clase obrera, y por eso los obreros la asimilan con tanta facilidad, siempre que esta teoría no retroceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría someta a la espontaneidad. Por lo general esto se sobreentiende, pero Rabócheie Dielo lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende de modo espontáneo hacia el socialismo, pero la ideología burguesa, la más

difundida, (y constantemente resucitada en las formas más diversas), se impone, no obstante, espontáneamente al obrero más que a nadie".

Contra esos fenómenos tiene que pelear el Partido, y no es fácil porque no sólo es contra sectores organizados sino contra toda una tendencia que inconcientemente es acogida por mucha gente. Por eso no es raro que dentro del movimiento sindical, Omar Fajardo pueda posar como preceptor. Esta batalla no la vamos a ganar recurriendo a la mayoría en un sindicato. La solución del problema tendrá un buen comienzo si desarrollamos una intensa propaganda sindical que defienda y agite las tesis ideológicas y políticas del marxismo.

Nuestra revolución es nacional en la forma, e Internacionalista en el contenido

En el primer período resaltábamos que nuestra revolución debía adoptar una forma nacional. Hoy, por el contrario, tenemos que poner el énfasis en que nuestra revolución, aun cuando conserve su forma nacional, está íntimamente ligada a la revolución mundial. Esto encierra un problema digno de tener en cuenta y una gran lección.

En aquella etapa, en el movimiento revolucionario había un gran desconocimiento de la historia del país, y aunque no se conocía mucho del marxismo, se especulaba sobre dos o tres de sus temas. La militancia sabía más de la Gran Marcha en China que de José Antonio Galán y la Revolución de los Comuneros, y se hablaba mucho de los debates en Yenán pero nada de Caballero y Góngora en Zipaquirá. Lo cual era muy grave, porque había la tendencia de hacer las cosas de acuerdo con patrones de otros países, sin parar mientes en las condiciones nacionales, y eso conducía a la apreciación unilateral y la utilización dogmática de las experiencias ajenas. Un gran problema era la aplicación mecánica de la experiencia cubana. De ella sabíamos sus diversos episodios, desde cuando Fidel escribió La historia me absolverá hasta el momento en que se realizó la toma de La Habana, y repetíamos todo como loros. En el país, la literatura de la grupusculería está llena de documentos que demuestran hasta la saciedad este dogmatismo. Si en China hablaban de "la aldea de los tres traidores", aquí los presuntos maoístas buscaban tres traidores y ¡ también la aldea ! sin tener en cuenta para nada nuestra realidad.

Ayer luchábamos contra el dogmatismo de "izquierda" que copiaba mecánicamente las experiencias ajenas y tenía un desprecio absoluto por los problemas del país, por su realidad y por su política. Hoy estamos luchando contra el énfasis que el oportunismo pone en la cuestión nacional y contra su desprecio absoluto del marxismo y del internacionalismo. Es cierto que debemos tener en cuenta la experiencia del proletariado, y comparar nuestra situación con la situación de otros países, bebiendo de la experiencia universal, pero no a retazos ni de oídas. No es la primera vez que un partido proletario afronta las dificultades que nosotros afrontamos. Debemos leer lo que Marx expuso contra el anarquismo y el bakuninismo, pues nos cae como anillo al dedo frente al oportunismo de los Fajardo. Como ninguna otra, esta batalla sólo la ganamos si aprendemos de la experiencia internacional y del marxismo. Por eso con miras a la lucha que se le planteó en 1978, el Partido trazó la directiva de estudiar. Repetíamos que sin estudiar no superaríamos las dificultades. Sin embargo, esa tarea estuvo interferida, como las demás, por la cuestión interna.

Ahora el esfuerzo máximo lo ponemos en las nuevas cosas. Pero esto no quiere decir que vamos a abandonar los viejos aspectos, las lecciones ya aprendidas. Pero debemos señalar lo principal, lo que debemos hacer y aprender de manera prioritaria en cada momento. Y tampoco equivale a desechar las tareas secundarias.

Aquí debo mencionar el llamamiento que hemos hecho a celebrar los 200 años de la Insurrección de los Comuneros. El estudio de esta experiencia, guardando las diferencias sustanciales en cuanto a los objetivos y examinando los aciertos o desaciertos que tuvo esa lucha, nos brinda enseñanzas generales que hay que aprovechar. Dentro de todo este reflujo nacional, la celebración del Bicentenario de los Comuneros está acercando a la gente y le interesa a los trabajadores más que la enésima declaración del oportunismo sobre el supuesto segundo paro cívico nacional.

La gran diferencia entre los dos períodos, la síntesis de lo que he venido señalando alrededor de este problema, podemos enunciarla de la siguiente manera:

Primero. Ayer nos empeñábamos en aclararles al Partido, al proletariado, a las masas, la necesidad de utilizar la lucha política y la económica, las reformas y la defensa de la nación, es decir, la lucha por la democracia y por los derechos democráticos, frente a una tendencia que negaba la necesidad y la utilidad de combatir en esos campos. Lo ocurrido en la Federación Universitaria Nacional, FUN, en la segunda mitad de la década de los sesentas, es un buen ejemplo. Cuando Carlos Lleras Restrepo la ilegalizaba, los dirigentes estudiantiles, en lugar de combatir por el derecho democrático de contar con su organización, y educar a las masas en ese combate, sacaron un comunicado diciendo que la ilegalización de la Federación demostraba la imposibilidad de la lucha democrática del estudiantado. En su momento, el Partido se equivocó en estos problemas. Conocí comunicados que decían que no nos interesaba si había o no Estado de Sitio. En 1971 se discutió si se utilizaban estas luchas, y se aclararon las confusiones.

Segundo. Hoy, en cambio, destacamos que la lucha política por las reformas y los derechos democráticos tiene que supeditarse a la revolución. Pero hay tendencias oportunistas en boga que todo lo supeditan a su política, renuncian a la revolución a cambio de conquistar algunas reformas.

Reiteremos que quien no utiliza la lucha política por las reformas y por la democracia, no puede hacer la revolución. Pero quien subordina la revolución a la democracia o a las reformas, traiciona la revolución.

Ahora bien, el ejercicio de derechos democráticos como los de libertad de prensa, de lucha contra las medidas represivas, la libertad de organización y de reunión para desenmascarar al régimen, puede llevar en determinado momento al dilema de que si los seguimos esgrimiendo y si combatimos por ellos en esta democracia recortada, podemos lanzar el país por el atajo de un golpe de Estado. ¿Qué hacemos entonces? ¿Supeditamos la revolución por conservar estos derechos, o continuamos atizando la revolución? El Partido tiene que seguir combatiendo y supeditar la lucha por los derechos democráticos al interés supremo de la revolución.

Ese problema lo tienen ahora los revolucionarios españoles. Alguna gente afirma que se debe imitar a Carrillo y a Felipe González, quienes duraron un minuto aplaudiendo al rey para evitar el golpe de Estado. Es decir, salvar la seudodemocracia. El oportunismo está con el rey, quien es el jefe de las fuerzas armadas por derecho hereditario y "divino". La derecha fascista se equivocó de blanco porque en lugar de detener al rey, apresó a las Cortes, cuando las Cortes no son las que detentan el Poder. El jefe del ejército estaba en otra parte. Pero resulta que el exponente de la democracia española es Calvo Sotelo, quien no puede ser más fascista, y fue apoyado por el aplauso alborozado de todas las corrientes oportunistas seudodemocráticas de España. El fallido golpe de Estado fue un apoyo a Calvo Sotelo. ¿Cómo tiene que

comportarse un partido revolucionario en una situación como ésta? Debe atacar al rey y a sus corifeos.

Una de las cosas que nos endilgan los Ñáñez, es que nosotros no luchamos por la democracia, por los derechos humanos, que estamos aislados y que por eso ellos se van, para no aislarse junto con nosotros. Alrededor de estas falacias ya están planteadas cuatro posiciones divergentes, las que señalé en una conferencia que di en Nariño, hace ya más de dos años:

1. Nosotros luchamos por la vigencia de las libertades públicas y los derechos democráticos, y aprovechamos las escasas libertades y derechos que se conquisten para combatir la falsedad de esa misma democracia y para educar y movilizar al pueblo. Es indudable que sin esta lucha no podemos ganarnos a las masas. Es un punto que debe estar claro dentro del Partido.

2. Nosotros explicamos que el proceso de fascistización tiene por causa la agudización de la crisis económica y política, la cual a la vez se debe a la superexplotación imperialista.

3. Para nosotros la democracia tiene un carácter de clase y, por lo tanto, educamos al pueblo en que la mejor democracia oligárquica es el peor régimen de explotación y de envilecimiento para las masas.

4. Nosotros supeditamos la lucha por la democracia al interés supremo de la revolución.

Pero sobre estos temas el Partido Comunista y el oportunismo en general tienen posiciones contrarias a las nuestras. La lucha por la democracia y las libertades públicas la convierten en un alegato jurídico. Esto lo podemos observar en los documentos y declaraciones que producen en los Foros por los Derechos Humanos. Ya en el artículo que publicamos en Tribuna Roja sobre la vieja y la nueva democracia señalamos sus rasgos: abogan por el "equilibrio democrático" y la vigilancia entre los tres poderes; alegan que la aplicación del Estado de Sitio no se debe salir del marco constitucional; especulan sobre cómo defender la Constitución aplicándole refacciones, y sobre cómo debe actuar la Corte Suprema para vigilar que los funcionarios del Estado no cometan desmanes. A la larga todo lo reducen a que la reacción viola el estatuto jurídico del país y que precisamente eso es lo que la define como reacción.

El proceso de fascistización lo explican como la presencia en el gobierno de un sector derechista de la oligarquía al que hay que combatir con el apoyo del ala "democrática". Se trata del viejo artificio de lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo de los gobiernos de turno, que tiene su expresión clara en el informe de Vieira al último congreso del PCC y en el apoyo a López Michelsen. López está salvado por el juicio mamerto, pues dicen que representa la tendencia democrática y, por lo tanto, no lo relacionan con el problema de la dictadura.

Para ellos la democracia no tiene carácter de clase, no depende del carácter de clase del Estado ni de la dictadura de clase. Nos van a alegar que todo eso lo tiene claro Vieira, pero de qué vale esa "claridad" si no lo dice, si no la utiliza. Como decía Marx: "El primer deber del filósofo no es interpretar el mundo sino transformarlo". En la propaganda del PCC este criterio es desconocido.

Ellos son de los que aplauden durante un minuto al rey, y además salen a pedir votos como reconocimiento ciudadano por la labor cívica prestada. Y quienes estén en contra serán señalados como amigos del golpe de Estado y como fascistas. ¡Quienes no aplaudan al rey están con él, y quienes lo aplaudan están en contra! Es, desde luego, la misma lógica de los Nájiz.

Hasta aquí he tratado de sustentar la tesis de que la lucha interna está supeditada a la lucha de clases que se libra en la sociedad. También he examinado por qué los Nájiz arguyen que hemos cambiado la orientación, y cómo esto corrobora la relación existente entre la lucha interna y la lucha de clases en la sociedad.

La democracia en el Partido

Los hermanos Nájiz han tratado de encubrir sus viejas discrepancias y sus posiciones derechistas con el argumento de la falta de democracia dentro del MOIR. Pero su historial interno nos muestra que desde cuando se inicia su militancia manifiestan una tendencia definida y muy clara hacia el grupismo.

En una reunión del Comité Ejecutivo, Otto pidió que se le nombrara Secretario de Organización del Partido, no obstante que él ya era el encargado de las relaciones nuestras con las demás fuerzas políticas del país. Y posteriormente quiso encargarse de las relaciones internacionales con partidos hermanos. Le pregunté: ¿Quiere quedarse con las relaciones internas y además con las relaciones externas del Partido? Vaciló un momento y dijo: "Renuncio a las relaciones externas y me quedo con las internas". En esa reunión, que prácticamente me cogió de sorpresa, les expresé: "Ustedes siempre han sido un grupo dentro del MOIR, y ése es el problema". Pero ellos tenían una gran tragedia: querer hacer cauda en el Partido sin correr los riesgos de presentar sus posiciones divergentes frente a la línea, y eso no es posible. Una de dos, o se renuncia a hacer cauda o se asumen los riesgos.

En un verdadero partido político revolucionario es sano, es bueno que haya tendencias y que haya lucha entre ellas. No debemos evitar que se de esa lucha. Debemos señalarla como permisible, pero ha de cumplir dos requisitos básicos:

1. Que las posiciones sean expuestas claramente, y dentro del Partido.
2. Que se acaten las directivas y la disciplina del Partido, aun cuando se reserven las opiniones propias.

En esa forma no se lesiona la organización, ya que la militancia tiene una doble garantía: primero, puede conocer las distintas opiniones en pugna, enterarse de las discrepancias y participar en la batalla ideológica y política. Segundo, cuenta con que en todo el Partido las decisiones se cumplen y la disciplina se acata. Bajo esas premisas, nadie le debe temer a la lucha entre las distintas posiciones. Pero los Nájiz no querían correr el riesgo, nunca lo corrieron. Era como la fábula del hombre que le huye a la muerte: tanto le huye que termina llegando a donde está ella. Siempre abrigaron el temor de destapar su posición y, al fin, se toparon con el abrumador hecho de tener que decir en un solo día lo que no dijeron en diez años. ¿Cuál fue el método que utilizaron para tratar de crear su cauda? Aprobar todas y cada una de las decisiones partidarias, para poder contestar cuando se pusiera en duda su conducta que siempre habían apoyado la línea del Partido y sus decisiones. A la vez que hacían eso, para formar su propio grupo recurrían al expediente de poner en duda, por fuera de los organismos y con determinados compañeros, las orientaciones de la dirección, aprobadas antes por ellos mismos.

Pretendían sacar provecho de las dificultades que tiene la aplicación de una política o una decisión, pues siempre se presentan obstáculos: falta de recursos, limitación en el número de cuadros, inexperiencia, apatía, etc. Siempre habrá dificultades. Con el sistema de horadar la línea del MOIR por debajo de cuerda, poniendo a circular rumores, en la sombra, pretendían desquiciar la organización. Luego, para darle salida a sus puntos de vista, comentaban: "La base está diciendo esto o aquello". Yo les respondía: "Pobre la base. ¿Pero ustedes, que están pensando ustedes?" Respondían: ¿ Nosotros ? Lo que dijimos en los organismos. Es la base la que dice...". Hacían el matachín y se asustaban con él. Corren el rumor, riegan el chisme, forman la intriga y después dicen: hay rumores, hay intrigas, hay opiniones divergentes o discrepantes en la base.

No existió orientación que no hubieran puesto en duda. Cuando estábamos en la pelea por aclarar lo del problema agrario, la emprendieron contra el camarada Carlos Naranjo porque él se destacó en la lucha por esclarecerle este punto a la revolución y al Partido. Ellos no miraron con buenos ojos el compendio de La tierra para el que la trabaja, que publicaron los compañeros agrónomos cuando nosotros no teníamos recursos. La constante era antes que quienes escribían libros sobre estos temas estaban contra el marxismo y contra nosotros. Naranjo decía que debíamos publicar libros para ganar la batalla. Sólo hasta hace poco los militantes del Partido comenzaron a hacerlo. En cierta forma el libro de ACIA es el precursor de las publicaciones del MOIR, y eso no les gustaba a los ?_áñez. Pero jamás se atrevieron a presentar en una reunión partidaria sus puntos discrepantes al respecto, y todos ustedes saben que había discrepancias. Eso hace parte del problema.

Estaban también en contra del avance de los cuadros. Otto propalaba que la conferencia del camarada Fonnegra sobre la "Masacre de las bananeras" estaba equivocada de pe a pa. Es la tendencia a impedir el avance del Partido, es la melancolía porque los nuevos cuadros avanzan, es una tendencia artesanal, pequeñoburguesa hasta la médula. Tenemos que luchar para que todos los cuadros se desarrollen. Los que se descuiden, se quedarán atrás. Vamos a tener una nueva generación dispuesta a librar la batalla en todos los terrenos. La dirección se va a ver a gatas frente a la avalancha que se le viene encima, y eso está bien.

A nosotros nos ha tocado crear todo. No hemos recibido nada hecho. No han entrado escritores al Partido, tenemos que formarlos. No nos han llegado artistas, tenemos que hacerlos. Periodistas no nos han pedido militancia, y por ello tenemos que forjarlos en medio del trabajo. Así ha sido con todas las actividades, y muchas veces nos desesperamos porque los cuadros no afloran con la rapidez deseada. Yo creo que si andamos como la tortuga, pero con persistencia, consagrados al trabajo, con todos los cuadros empeñados en superarse, le podemos ganar a la liebre. Un partido que no sea capaz de estimular las tendencias de superación de sus militantes, se precipitará a la muerte. Con esa superación y co un verdadero sentido de las oportunidades, vamos a romper la conspiración del silencio que nos han montado.

Cuando del 16 de enero al 16 de febrero se vieron obligados a destapar sus posiciones divergentes, ellos alegaron que por mil razones nunca habían podido plantear sus opiniones porque: "en el como "en el Partido no se vota sino que se escoge" ellos no se atrevían a opinar porque "entonces no los escogían para determinados cargos", o porque "los informes no se llevan escritos". Esto último sí que es una tontería. Por ejemplo, para mí era imposible presentar por escrito este informe. Llevo cuatro días preparándolo. Hace catorce días no se sabía si se iba a romper con los ?_áñez. Lo cierto es que la no presentación de informes escritos no es excusa para no fijar las posiciones. En verdad, muchas de estas opiniones las he expresado

oralmente en distintas oportunidades. Sin embargo, es bueno que los informes sean escritos y debe llegar el momento en que sea así. Se ganará en precisión, aunque se perderá en viveza, en vivacidad. Viveza en el sentido estricto, no en el sentido ñañista de la palabra.

Si no se está de acuerdo con algo, después de todo se puede pedir una reunión. El problema es el riesgo. Yo decía que era bueno que la gente planteara sus discrepancias. Es un gran defecto no plantearlas, pero el solo hecho de hacerlo no es virtud. Para que sea virtud se necesita que la discrepancia sea correcta: por eso a veces es mejor no abrir el pico. Se requieren dos condiciones naturales o sociales: el saber y el tener valor para plantear las ideas divergentes.

Mao tiene toda la razón cuando dice que el valor es la principal cualidad de un proletariado: "No temerle a la expulsión del Partido, ni al divorcio, ni a la muerte". Más severa no la pudo poner. Uno puede tener bien las ideas en la cabeza, pero puede carecer de las otras condiciones. Para desbrozar los caminos del progreso de la humanidad se necesita del valor. Al defender sus concepciones a Galileo le prendieron la hoguera y le expresaron: "Continúa en el uso de la palabra". Galileo dijo: "Ustedes tienen la razón, pero el mundo seguirá girando alrededor del sol". Saber que la tierra gira alrededor del sol es importante, pero más importante aún es librar la lucha por esta verdad frente a la hoguera.

Una característica del grupismo de los Ñañez, repito, era la de querer hacer cauda política medrando por fuera, sin fijar posiciones. Obraban como aquel médico de la fábula que nunca recetaba, y cuando acompañaba el cadáver de su paciente al cementerio le decía: "Usted se murió porque no se tomó la medicina". Pero el bendito médico nunca la había recetado. Sólo cuando los Ñañez se vieron obligados, quisieron recetarnos. Este método, a pesar de que parece astuto, tiene enormes inconvenientes. Como no plantean las cosas, o las dejan a medio explicar, se ganan el repudio generalizado de los cuadros del Partido. Puede ser que logren el apoyo de algunos advenedizos, pero en general la militancia rechaza ese proceder.

¿Había un ambiente hostil? Claro que lo había. Creo que Naranjo tenía razón en su hostilidad hacia los Ñañez, y muchos compañeros también. Ellos mismos se fueron tejiendo un ambiente adverso porque no contribuían, no aportaban, y por el contrario su acción política siempre estuvo relacionada con cuestiones turbias que enrarecían la atmósfera. Hoy estamos tan contentos es porque nos libramos de ese ambiente. Ahora sí podemos discutir los problemas del Partido sin que eso tenga connotaciones personales, y sin que los problemas se analicen con la lupa de que se está persiguiendo a alguien. Claro que también en tan propicio terreno se precisa tener coraje para resistir y honestidad para corregir. Lo positivo es que dentro de un ambiente de desprevenición se libre el debate, la lucha ideológica, la lucha por la teoría revolucionaria. Hemos ganado una batalla contra la intriga.

El otro método, al cual recurrían sistemáticamente, era el de respaldar invariablemente a aquellos militantes que cojeaban en su trabajo revolucionario o que tenían discrepancias con el Partido. Les estimulaban sus posiciones derechistas, les tapaban sus falencias. Estaban rodeados de gente con problemas en el Partido, y no libraban la batalla contra sus posiciones incorrectas. No se ganaban un solo enemigo en una pelea de principios. Porque cuando debatimos en defensa de posiciones correctas, es inevitable que nos ganemos enemigos y el odio de algunas gentes.

Otro caso fue el ocurrido con el presidente del sindicato de Ferrocarriles Nacionales, que estaba en proceso de evolución aunque tenía influencia de sectores oportunistas.

Se discutía la crisis de los ferrocarriles y lo que tiene que ver con la explotación del imperialismo, pues se pretende acabar con ese medio de transporte en beneficio de los automóviles, camiones y tractomulas, y el consiguiente negocio de repuestos, llantas, construcción y mantenimiento de carreteras, consumo masivo de gasolina y, en general, de costos crecientes para darle salida a la producción imperialista.

¿Qué planteaba el oportunismo en esa discusión? Que se hiciera un simposio de liberales y conservadores, que adoptara la forma de un homenaje a Víctor Mosquera Chau, y que en el acto se planteara lo de los ferrocarriles. En efecto, convocaron el agasajo e invitaron al presidente del sindicato. Omar aprobó que el compañero fuera al homenaje, y algo más grotesco aún: justificaba la asistencia diciendo que no había sido un homenaje sino un simposio y que no fue liberal sino conservador. En la prensa se registró que fue un homenaje a Mosquera Chau, pero Omar, a pesar de eso, en el Comité Ejecutivo del MOIR porfió contra toda evidencia, empezando por la del compañero presidente del sindicato que confirmó después el carácter del acto y quién lo había impulsado a asistir. Me parece un error garrafal su asistencia, le expresé al compañero. ¿Cómo un dirigente del Partido va a un homenaje a Mosquera Chau? ¿Cómo se va a educar así a la militancia? En el fondo se está impulsando esa tendencia entre los dirigentes sindicales. Hay que hablarles, explicarles que los comunistas siempre decimos la verdad. ¿cómo vamos a lograr que la inmensa masa del proletariado asuma posiciones revolucionarias, si no hay gentes que digan la verdad, si no hay dirigentes que se atrevan a expresarla? Es obvio que hay que tratar de preservar los cuadros y los dirigentes, pero si no se expone la verdad, ¿a qué se atenderán los trabajadores? Sin heroísmo no hay revolución. Un acto heroico sirve más que mil discursos, pues les aclara las cosas a las masas, rompe la parálisis y lanza millones de personas a la lucha. Hay que criticar a los dirigentes, pues es inevitable que en cuestiones como las que se manifestaron a raíz de ese acto liberal uno tenga que enfrentarse con las gentes y sobre todo con la concha sindical.

El método de los Nández lo utilizó también Pantoja en la pelea del sindicato de carreteras, y desde entonces lo señalamos dentro del Partido con el calificativo de "padrinismo". Tal método consiste en proteger a los compañeros que vienen fallando, y tapar sus errores y posiciones equivocadas, por lo regular derechistas y conciliacionistas. Quienes con mayor insistencia utilizaron el "padrinismo" dentro del Partido fueron los hermanos, y les fue muy mal. Lo que prueba que eso no sirve para nada. Ellos eran padrinos, acudientes de la gente.

Dentro de la descripción del grupismo de los Nández podemos señalar que una de sus mayores peculiaridades era la lealtad personal que mantenían entre ellos, la cual colocaban por encima de las posiciones políticas del Partido. Engels tiene una frase sobre este problema: "La solidaridad interna y las intrigas son rasgos característicos de todas las sectas" (Tomo II de las Obras Escogidas, carta a T. Cuno, pág. 477).

Creo que esta caracterización que hace Engels se les puede aplicar. La lealtad siempre la entendieron como un problema personal, al margen de que las posiciones fueran correctas o incorrectas. En el último tramo de la lucha sustentaron esta posición. En Nariño trataron de decir que yo tenía posiciones desleales frente a los amigos pues no los defendía, y que hablaba mal de todo el mundo. Tomaban las observaciones críticas que hacíamos sobre algunos compañeros en reuniones del Comité Ejecutivo Central, lo que es algo natural y necesario, para luego salir a esgrimir las como muestras de deslealtad y persecución hacia esos compañeros. No somos partidarios de que se hable mal de la gente a sus espaldas. Pero es indudable que para hacer política se habla de la gente al considerar sus condiciones y proceder equivocados. Si se va a designar a un compañero para un cargo o un

trabajo, tiene que hablarse de sus defectos y sus virtudes, y se tiene que definir si pesan más los defectos. Muchas veces en los organismos del Partido debe hacerse este análisis y se deben emitir juicios, pero eso no puede entenderse como deslealtad o persecución. Ellos menospreciaban tanto la crítica que esa palabra casi nunca la pronunciaban, pero la crítica es uno de los mejores instrumentos para la corrección de los errores. En cierto sentido hablar de los defectos, hablar "mal" de la gente, es ejercer la crítica. Por ello no se merma un ápice de la lealtad política. Alvaro Rodríguez dijo: "Lo que más agradezco del camarada Mosquera es su crítica. Respaldo su dirección porque la hace sin contemplaciones, y acertadamente."

En el grupo de los Ñáñez hay dos posiciones muy parecidas, guardando las proporciones, a los dos criterios expuestos por un dirigente en China, los cuales el marxismo no puede dejar pasar: uno está involucrado en las críticas que le hace a Mao dizque porque hablaba mal de sus amigos, y no tenía lealtad personal, sobre todo con él. Eso es bajar la crítica al nivel de las cosas personales. De todo se puede dudar, menos del interés político de Mao en cada uno de sus actos.

El otro criterio aparece cuando este dirigente explica la aprobación que Chou Enlai le dio a la Revolución Cultural. Intenta salir del problema diciendo que Chou estaba presionado y tuvo que aceptar una serie de determinaciones porque de no hacerlo lo barrían del partido. Si se aceptara ese criterio sería una autorización para que dentro del partido los asuntos se aprobaran por conveniencias o inconveniencias personales. Sería la autorización para que todo el mundo se acomode y cambie de posición. Eso no lo vamos a permitir nosotros en el MOIR; contra eso combatiremos. Vamos a defender el criterio de respetar la palabra empeñada: cuando un camarada vota en un organismo se entiende que está comprometido. Y si cambia, está obligado a explicar por qué lo hace. Esto tiene que ver con los problemas del grupismo y el fraccionalismo. De esto habla Engels al describir las sectas en su carta a Cuno

La palabra empeñada por el revolucionario es un recurso supremamente importante en la lucha política. El pueblo se decide finalmente es porque confía en la palabra de sus dirigentes. Acepta que nosotros orientemos la lucha por la soberanía y la emancipación, pero si en la lucha política no cumplimos con lo que decimos sacrificamos los intereses del Partido.

Nosotros, en el MOIR, apoyamos a determinados compañeros con base en una política general trazada y no porque estén de acuerdo personalmente con nosotros. Existen la lealtad, la amistad y la fraternidad, pero todo con base en los intereses de clase. En el fondo, sólo así puede haber amistad sólida, es el único fundamento real de la amistad. Uno quiere a algunos camaradas es por sus posiciones de clase. ¡ Por eso queremos al viejo Mao, sin haber podido departir con él nunca! Y queremos a los camaradas revolucionarios del continente que enarbolan con nosotros las banderas del marxismo y defienden la revolución en Quito, Lima o Ciudad de México, sin haberlos conocido. En cambio, la amistad de la secta, basada en conveniencias personales, a pesar de ser aparentemente muy sólida, en realidad es supremamente vulnerable, deleznable.

Otra característica de las sectas es la de posar de mártires después de crear los enredos, hacer los sabotajes y ganarse con justicia la hostilidad de muchos compañeros. Pedían que no se les combatiera, ni se les tocara un dedo y que no se emitieran juicios sobre ellos. Decían que se sentían perseguidos. Con ese estribillo jugaron durante mucho tiempo, y exigían que no se les pusieran etiquetas. Acepté esta petición, en los puntos de compromiso de Pereira y de Cachipay, por una razón: al quitar las etiquetas se contribuía a rescatar el ambiente fraternal para la discusión y a

unirnos alrededor de los principios. No debe extrañar que se acepte el compromiso de no poner etiquetas para llegar a resolver determinados problemas. Además, reivindicó la posibilidad de llegar a compromisos internos y manejar una táctica interna flexible para coneducir la política del Partido. Los bolcheviques hicieron compromisos internos, Marx los hizo, los alemanes también, siempre que no se pusieran en peligro las orientaciones básicas.

El mencionado reclamo en boca de los Ñáñez, no tiene sentido. Está bien que no se pongan etiquetas por cualquier cosa, y que no se cuelguen escapularios por emitir alguna opinión. Nosotros decidimos sacar a los trotskistas del sindicato de Empresas Municipales de Cali porque a cada obrero que hablaba le espetaban un calificativo denigrante por las posiciones que supuestamente representaba. Pero en general no se puede hacer la lucha política sin poner etiquetas. En el fondo, exigir que en un partido político no se pongan, es impedir que se juzgue a los dirigentes. Cuando uno juzga una tendencia política tiene que terminar calificándola, colocándole el rótulo, y hay etiquetas buenas y malas, honrosas y deshonorosas. Juzgar a los dirigentes del Partido es un derecho democrático. Yo me pongo a pensar qué suerte, qué camino coge el camarada al que se le prohíbe conocer las posiciones y actividades de sus dirigentes, y a juzgarlos con base en ellas. Yo no militaría en ningún partido donde a la militancia se le desconociera este derecho.

Resuelto el problema de contar con una línea y unas orientaciones correctas, la cuestión central es quién tiene en sus manos la dirección del Partido. Es el problema material de la concreción de la línea. Tiene que haber una armonía entre la línea política y los cuadros de dirección, y por lo tanto no puede haber duda sobre el derecho a conocer las posiciones políticas de los dirigentes del partido y juzgarlas, y más aún en un partido proletario. En tan poca estima tenían esto los hermanos que una de sus banderas era que no se les juzgara. Por mí, que me pongan todas las etiquetas, ya sabré cómo quitármelas. Es más, me las han puesto. Romero Buj me confeccionó durante diez años un buen número de ellas.

En la reunión donde se habló del problema del Tolima, Omar solicitó que lo dicho en esa reunión memorable no se informara a la base. ¡Ellos, los abanderados de la democracia dentro del Partido! Además, la discusión siempre fue sobre el problema de la democracia, y Omar pide que ¡no se informe a la base! Se llegó a un compromiso abierto: que no se hiciera oficialmente, pero que a quien preguntara se le respondiera en forma extraoficial. Sé de compañeros que decían: "Pregúntenme qué pasó en esa reunión". La posición de Omar es absurda. Se escudaron en su criterio de la democracia para tratar de realizar sus ambiciones grupistas de usurpar la dirección del MOIR.

Hay otra serie de problemas que fueron planteados en septiembre: reclamos sobre el problema de tratamiento y del estilo de trabajo dentro del Partido, hechos desde una posición positiva por parte de camaradas que buscan perfeccionar el funcionamiento de nuestra organización. Esos reclamos y observaciones se deben examinar seriamente y darles una solución justa. ¿Por qué digo esto? Porque creo que hay problemas de estilo de trabajo, desviaciones y errores que merecen ser corregidos y que no se pueden dejar prosperar.

El problema organizativo y la democracia

Voy a explicarles cómo sí hemos trabajado en estos puntos. Otra cosa es el alboroto de los Ñáñez sobre la democracia. Ellos decían no tener diferencias de fondo sino formales, que sólo eran observaciones críticas y reclamos por el despotismo interno y

por el funcionamiento no democrático. Decían estar de acuerdo con la línea del Partido, pero no con la dirección que ha desarrollado esa línea. En septiembre, Enrique Daza me inquirió la opinión sobre ese tema. Le dije: desde luego que hay errores de tratamiento y hay turbulencia, pero ese no es el fondo del problema. Tenemos problemas de principios, de posiciones de clase, y usted debe mirarlos y examinarlos. En la primera reunión de septiembre, en el Comité Ejecutivo, les dije: ustedes son un grupo dentro del Partido. Por eso en Pereira y en Cachipay señalé que debíamos luchar contra el grupismo, y todos estuvimos de acuerdo, incluidos Omar y Otto.

La historia de la "hermandad" es la historia del grupismo y de la petición de puestos. Ellos querían estar en todos los cargos. Otto pretendía manejar las relaciones internas y las relaciones internacionales del Partido. Nosotros pensamos que para esto último el indicado era Enrique Daza. Al reiterarle esta decisión, Otto porfió: "Entonces Daza y yo", dijo. Sus demandas llegaron a ser ridículas. Querían ser jefes de todo: relaciones internacionales, alianzas, frente obrero, organización del Partido, y señalaron a Tribuna Roja de antidemocrático porque era la única actividad donde no tenían poder. Nunca tuvieron un solo cuadro en la Comisión del periódico.

?_sa es la historia de "los hermanos". Toda su discusión, desde su punto de vista, era para saltar a la Secretaría de Organización, la que les serviría para fortalecer su grupo. De las muchas acusaciones que hicieron sobre el problema de la democracia, estuvieron las de que la dirección no es colectiva sino unipersonal; que no se eligen los cargos mediante votación, y que por ello los cuadros no se atreven a discutir nada; que el periódico es elitista, "hecho por un sector esclarecido de cultiparlantes", refleja la posición de Mosquera, y por lo tanto es antidemocrático. Creo que todo esto es simplemente una mampara. Los Nández no entendían nada sobre estos asuntos. Yo espero que la discusión de estas posiciones nos sirva para la educación de toda la militancia.

La democracia tiene que ver con la organización y con los métodos de funcionamiento. Al hablar sobre la democracia hemos de tratar necesariamente el problema organizativo del Partido. En la historia del MOIR, esas cuestiones se pusieron al orden del día y se discutieron ampliamente en octubre de 1970, cuando en el Pleno de Cachipay se aprobaron los proyectos de Estatutos y de Programa General. Antes y después de esa reunión todo el Partido trataba esos temas y yo mismo recorrí una parte del país dictando conferencias sobre ellos. Entre otras cosas, aclaramos que una organización en sentido lato es la suma de organizaciones en sentido estricto. Esto, que parece un trabalenguas, quiere decir que toda organización en sentido amplio es la suma de organizaciones en sentido estricto. Lenin lo explica en Un paso adelante y dos pasos atrás. Toda organización tiene diversas organizaciones encargadas de funciones distintas. Ejemplo: un ejército es una organización, y es la suma de sus organizaciones. En sentido amplio es la suma de sus organizaciones en sentido estricto: estado mayor, batallones, pelotones, etc., y cada una tiene funciones diferentes. El Estado es una suma de organizaciones, el partido también.

Desde el punto de vista formal, el partido es la suma de sus organizaciones. Desde el punto de vista del contenido, es la vanguardia política de la clase obrera, la materialización de su interés político, su conciencia política. El partido interpreta los intereses proletarios, es la solución al problema de la línea.

El alma de la organización es el centralismo

El partido está lleno de organizaciones distintas que cumplen funciones diferentes, y que por lo tanto tienen que cohesionarse, coordinarse y centralizarse. De ahí que el alma de toda organización es la cohesión. Dispersión es lo contrario de organización, es lo contrario de centralización. Una cosa organizada es cohesionada. Creo, después de mucho meditarlo, que el aspecto principal de la organización del partido es el centralismo. El partido puede existir sin democracia, pero no puede existir sin centralismo. El centralismo puede darse sin democracia, pero la democracia no puede existir sin centralismo. Esto no lo inventamos nosotros. El marxismo lo extrae de la realidad, de la experiencia. El marxismo lo llama centralización, y esta ley se le aplica al partido. La coordinación y la cohesión son características de todo organismo social. Hasta las universidades y los colegios son centralizados. Si estas instituciones no tienen un interés común que las unifique y una estructura que ordene su funcionamiento, no pueden existir. Existen porque en ellas se dan funciones distintas que están cohesionadas.

Para un partido leninista, organización que tiene la difícil misión de dirigir la lucha revolucionaria, es obvio que la centralización es necesaria en sumo grado. Los militantes, y los organismos a los que pertenecen, no pueden trabajar coordinadamente si no existe subordinación a otros organismos. La dirección nacional centraliza, coordina, hace cumplir la línea del partido. Si los diferentes organismos del partido son igualmente independientes y actúan conforme a su particular interés, no puede haber organización. Si los regionales actúan autónomamente, sin tener en cuenta factores de cohesión, se cae en la anarquía.

¿Qué hace que Estados Unidos sea una nación? Es la centralización de los estados bajo un solo mando, la Federación. No existiría la nación si cada estado funcionara sin coordinación alguna con los otros, si actuara por su cuenta y de acuerdo sólo con su propio interés. El elemento básico es la cohesión. El centralismo es el elemento coordinador y cohesionador por excelencia. No hay organización que no esté sometida a esta ley suprema. Lo contrario a la centralización no es la democracia sino la dispersión, el desorden.

Métodos para centralizar

Para lograr la centralización se pueden utilizar varios métodos. Uno de ellos es la violencia, la coacción, la represión. Bismark centralizó el Estado alemán basándose en la represión. Que sea un método reprobable, no le quita su posibilidad de funcionamiento. Los Ñáñez nos dicen que nosotros estamos centralizando a la fuerza. Ésa es una tontería. En un partido revolucionario no se puede centralizar con ese método, así no funciona.

Dentro del Partido hemos tenido tres métodos para centralizar:

1. El de la unanimidad.
2. El de los acuerdos.
3. El de la democracia.

¿Cuándo funciona el método de la unanimidad? Cuando predomina la confianza. El Partido Bolchevique lo utilizaba. La democracia está involucrada en la confianza, dice en algunos de sus libros Lenin. Si estamos de acuerdo, hay confianza recíproca; si estamos de acuerdo es obvio que no se tenga que recurrir a votar para definir la cabeza, para designar responsables, para trazar una orientación. Este es el método

que más hemos utilizado en el MOIR. Tiene como base la identificación en los principios fundamentales del Partido y la confianza mutua. Es precisamente lo que ha venido vulnerando y horadando el grupo de los Nández. Con su salida se recupera esa confianza que estaba quebrantada, y que es indispensable para un Partido que enfrenta tantas dificultades y que tiene por delante tantos desafíos y obstáculos por superar. Necesitamos la confianza mutua sobre los problemas capitales. Por eso estamos ahora tan contentos, porque hemos podido recuperarla.

Otro método es el de los acuerdos. Presupone que hay divergencias. Lo hemos utilizado, especialmente de septiembre para acá; hicimos acuerdo tras acuerdo. Los Nández realmente rompen porque ven la situación muy difícil cuando les aceptamos lo de la democracia. Ellos que tanto la pedían, cuando les llegó a la puerta, como el dragón de la fábula, salieron despavoridos por la ventana. El día que los "amenazamos" con ella, se salieron. "Usted había anunciado que en el Tolima aplicaríamos acuerdos y nos cambió ese método por el de la democracia. Eso es una burla". El método de los acuerdos, además de lo malo que tiene al basarse en desacuerdos, tiene el problema de que amplios sectores del Partido no saben cuándo se está aplicando, y frecuentemente no saben a qué atenerse, crea confusión. Sin embargo, el Partido no puede renunciar a él. En algunas ocasiones de dificultad política hay necesidad de utilizarlo.

El otro método es el de la democracia, y es el que nosotros preferimos. Por eso somos partidarios del centralismo democrático, que la minoría se someta a la mayoría. Los comunistas estamos por el método de la democracia: que la mayoría centralice, lo cual es la verdadera democracia. Puede haber centralismo sin democracia, pero no democracia sin centralismo. La democracia sin centralismo es una burla. La única manera de hacer valer la democracia es que alguien ejecute la voluntad de la mayoría, de lo contrario es una farsa. Un demócrata que se burle de la voluntad de la mayoría, del centralismo, es un farsante. Los "hermanitos" nunca hablaban de centralismo, por eso siempre fueron unos farsantes.

Resumamos:

- ▶ Puede haber centralismo sin democracia, pero no puede haber democracia sin centralismo.
- ▶ El centralismo es el fin y la democracia es el medio.
- ▶ La democracia es un método para la centralización.
- ▶ Puede haber organización sin democracia, pero sin centralismo no.

Desde luego, estas son tesis para discutir y en ese sentido las planteo. Creo que el aspecto principal de la organización es el centralismo.

Sobre la prensa del Partido

Quiero hablar un poco de Tribuna Roja, a la luz de lo anterior. El Partido alberga en su seno una serie de organizaciones con funciones distintas, y éstas deben ser tantas como actividades sociales hay; excepto, claro está, la de la explotación.

Lenin dice en El 'izquierdismo', enfermedad infantil del comunismo que las clases revolucionarias, para realizar su misión, deben aprender a dominar todas las formas o aspectos de la actividad social, sin excepción. Lo cual tiene que ver con el problema

de la política. Cuando los trotskistas pregonan "sólo con los obreros y candidatos obreros", no plantean realmente una orientación política, pues les piden a los obreros que se aíslen. La política correcta estriba en que el proletariado tiene que dominar todos los aspectos de la actividad social. Necesitamos científicos, economistas, oradores, publicistas, lingüistas, artistas, escritores, periodistas, etc. Son funciones muy distintas unas de otras. Los dirigentes de Sittelecom saben poco de teatro y los compañeros del Teatro Libre saben poco de sindicalismo. Son actividades diferentes. ¿Qué hace que actividades tan diferentes estén cohesionadas? El centralismo, la organización partidaria.

Dentro de las múltiples actividades del partido está el periodismo. El partido la atiende, como todas las cosas, cumpliendo un proceso del aprendizaje. No teníamos periodistas, los hemos tenido que hacer. La prensa está también dividida en organizaciones que cumplen funciones especializadas. ¿Qué organización tiene Tribuna Roja? Tiene redactores, correctores, fotógrafos, corresponsales, diagramadores. Redactor significa que es un compañero que sabe leer y escribir bien, y debe conocer los problemas de todas las actividades. Es el alma de la prensa del partido. Tiene que saber de teatro, de historia, de economía, de sindicalismo y lógica y prioritariamente de marxismo. É es el problema del redactor: que tiene que hablar de todo pero su tragedia es que no sabe de nada (Risas).

¿Cuál es nuestro problema? Que tenemos quince redactores. ¿Cuántos redactores necesitamos? Necesitamos más de cincuenta en Tribuna Roja. Allí no necesitamos democracia, no necesitamos que se nos sienta Otto a fiscalizarnos (Risas). Él es un artesano, y los artesanos quieren ser cuatro cosas a la vez, no creen en la división del trabajo. ¡Ansiaba dirigir las relaciones internas del Partido, las relaciones externas y ser de Tribuna Roja! El artesano es eso, es el que hace de todo en su taller. Si Otto tiene derecho a estar en todos los organismos, ¿por qué la militancia del Partido no puede estar en todos los organismos? Los "hermanitos" ven las cosas así, que la división del trabajo dentro del Partido no les permite futuro político.

Otto se equivoca en lo del periódico. No necesitamos que el Partido se meta en Tribuna. Es al revés, necesitamos que Tribuna Roja vaya a todos los frentes partidarios. Si tenemos cincuenta redactores que estén metidos en todas las actividades del MOIR, podremos sacar un excelente periódico: redactores para el teatro, el parlamento, los trabajos sindicales, las actividades agrícolas, los problemas de las barriadas, la juventud, las universidades, los colegios, en todas las actividades que se vinculen con el Partido, y no al contrario: no es necesario que se nos metan al periódico a darnos democracia y a fiscalizarnos. Necesitamos cuarenta, cien corresponsales regados por el país, y una serie de compañeros que lleven las cuentas, recojan el dinero y lo envíen al periódico. Necesitamos la mejor red de vendedores de Colombia. ¡Dadme todo lo anterior camaradas, y os daré el mejor periódico que jamás haya tenido el movimiento revolucionario de América Latina!

Esta ley, que se aplica para Tribuna, debe aplicarse a todas las actividades partidarias. No es por falta de democracia que no se hacen las cosas. Aunque ellos no crean, en el periódico hay democracia, y en el Teatro Libre hay democracia. Los editoriales del periódico son discutidos y aprobados por la dirección nacional del Partido y son leídos y discutidos en la mesa de redacción del periódico. Omar dijo que además del editorial se debían discutir los demás artículos. Precisamente porque se discuten es que el periódico está funcionando. Los artículos los leen sesenta ojos. El escrito sobre la fusión duró ocho días en debate. Pero con el criterio artesanal de que se lea todo no se puede trabajar. Si tuviéramos varios diarios y se imprimieran a las cuatro de la mañana, ¿cómo harían los Ñáñez para revisar uno a uno los artículos? Por eso el

artesano no funciona: es un estadio anterior de la sociedad, que riñe con la gran industria. En el periodismo podía funcionar cuando no existía la imprenta. Estos problemas no tienen que ver con la dirección colectiva. Lo que necesitamos es cualificar y cumplir con la cuestión específica de la prensa: con redactores y corresponsales suficientes y eficientes.

El problema de TR y las finanzas del partido

El problema de las finanzas de Tribuna Roja y del partido es el eterno tema. Los problemas económicos de publicación y distribución del periódico están ligados a las dificultades en las finanzas del Partido. Nos afligen cuantiosas deudas, exigibles a corto plazo. Los gastos son muchos. El solo funcionamiento de la dirección nacional es alto. A nosotros no nos contribuye nadie. Estamos sosteniendo tareas de trabajo en el campo, y las comisiones y los viajes. ¿De dónde salen los recursos? De Tribuna Roja, y se está amenazando la publicación del próximo número. Los regionales deben contribuir, haciendo un esfuerzo. De eso depende también el desarrollo de nuestro órgano de difusión. El periódico es una especie de vena rota en locales y regionales. Los regionales deben discutir seriamente sobre la manera de contribuir a la dirección nacional. Y, especialmente, que nos respeten religiosamente los dineros de Tribuna. Los compañeros, al llegar a las sedes, deben enviar lo que adeuden de él. Si quieren un combate pleno contra el grupo de los Ñáñez, necesitamos fortalecer Tribuna Roja.

Volviendo a lo de la organización, lo resumiré con el ejemplo de Tribuna Roja. Son dos aspectos contradictorios entre sí: actividades especializadas (dispersión) y centralización de lo disperso (el partido), y el método para lograr el centralismo es la democracia. Hablaba hace un momento de que sólo en una secta todos pueden cumplir todas las funciones. En un partido revolucionario que lucha por el Poder, en las condiciones en que actualmente se debate el país, y en un Partido como el nuestro que es semiclandestino, con un pie en la legalidad y otro en la ilegalidad, no puede funcionar plenamente la democracia. Un partido revolucionario es un destacamento de combate enfrentado a un enemigo que está empotrado en el Poder y que es más fuerte que nosotros en casi todos los aspectos; enfrentamos la dictadura oligárquica.

Los Ñáñez, con su euforia democrática, en uno de sus reclamos nos pedían que diéramos los informes de finanzas. Era un reclamo democrático, pero estúpido. No los podemos dar, porque somos un partido que está luchando por el Poder. Estamos en la mirilla del enemigo, y obtenemos recursos que no podemos revelar de dónde vienen. Hay gente que la única condición que nos pone es que no revelemos la fuente del ingreso. Y por mucho que nosotros amemos la democracia, ellos tienen la garantía plena de que jamás difundiremos el secreto. Además, tenemos gastos que tampoco podemos informar. La información de gastos equivale a dejar al descubierto la actividad de nuestro Partido. Si un compañero se va a descalzar y para que lo pueda hacer necesitamos \$50.000, ¿vamos a informarlo a todo el Partido? Eso y delatar al compañero son cosas muy parecidas. Un partido revolucionario tiene secretos, no puede ser plenamente democrático, sería una estupidez. O ha de renunciar a la pelea. Tal es la contradicción entre la forma y el contenido: no puede ser plenamente democrático por su carácter revolucionario. Es lo que tenemos que responderles a los democrateros del Partido, a los fraccionalistas y a los grupistas. Es parte del debate con los "hermanitos".

El Partido no puede definir siempre los cargos por elección. Nuestro Partido tiene una peculiaridad en su desarrollo organizativo: creció del centro a la periferia. Muy distinto al Partido Bolchevique, donde el problema principal era la coordinación de centenares

y centenares de organizaciones dispersas en toda Rusia. Por eso la función del periódico, de la cual habla Lenin en el ¿Qué hacer?, no se nos puede aplicar. Nosotros desechamos la solución de coordinar grupos dispersos. No es que Lenin se hubiera equivocado, ni más faltaba. Lo que pasa es que nuestra situación ha sido diferente, partimos del centro hacia la periferia, ya estamos centralizados. Pero en el futuro los Náñez nos permitirán el espectáculo de verlos en el intento de la coordinación de los grupos, de las sectas existentes en este país. Nosotros desechamos ese camino. Todas las propuestas que se nos hicieron las rechazamos. La fusión de 1978 es una excepción. Pero se debe anotar que nos fusionamos después de la identificación plena sobre los problemas centrales de la revolución.

¿Qué le hacía falta al partido de Lenin en 1902? Centralización. Y en su libro ¿Qué hacer? aboga por ella. ¿Qué le sobraba? Los grupos. ¿Cómo se desarrolló nuestro Partido? Al contrario. ¿Qué hemos tenido? Centralización. Todo regional que se creó estuvo centralizado y fuimos creciendo del centro a la periferia. Esa ha sido la historia del Partido; por eso no se ha podido hacer elecciones para los cargos en la organización. Dentro del MOIR hay más de un centenar de cuadros con capacidad superior a la nuestra para ser dirigentes del Partido, y por la división del trabajo están realizando tareas de expansión partidaria en otras partes. Y si alguien se levantara en este momento y dijera: vamos a elegir la dirección del MOIR, yo les recomendaría que no lo hicieran porque todavía no ha llegado la hora para sacar a Felipe de Antioquia, a Gildardo de Santander, a Peñalosa del Cesar, a Robledo de Caldas, etcétera.

Hablar de democracia, reclamarla sin tener en cuenta este aspecto de la extensión del Partido, es pretender engañarnos. Hemos adoptado como norma que a todos los cuadros que se destaquen en los principales centros les ponemos la misión de irse a crear la organización en la periferia. Por eso Álvaro Rodríguez está en el Caquetá y Pacho Valderrama lleva nueve años en Córdoba. Y la verdad fue que mientras nosotros expandíamos, la fracción se dedicaba a centralizarse. Esa fue una parte de las dificultades. El proceso de expansión hay que completarlo. Tiene que ver tanto con la creación como con la conservación del Partido. Y debemos estar preparados, porque la represión se viene más temprano que tarde. Hemos afrontado muchas dificultades con los descalzos, pero ¿qué partido no tiene dificultades? Si de cien regresan veinte, démonos por bien servidos y no nos enredemos en problemas democráticos. Los que estamos atendiendo la centralización del MOIR podemos hacerlo, entre otras cosas por la actividad que todos ustedes están cumpliendo en la periferia.

Éste es un partido que tiene secretos. No puede informar todo, no puede elegir y no tiene prensa. ¿Puede pretender ser un partido totalmente democrático? ¡Majaderías! En el fondo ningún movimiento revolucionario del mundo ha sido plenamente democrático. Lenin lo señala, y por eso dice: "En la mutua confianza, en la camaradería, está involucrada la democracia". Un partido que no tiene prensa diaria no puede ser plenamente democrático. En reuniones maratónicas como ésta, ustedes sólo alcanzan a saber algunas cosas de las que hacen los dirigentes. Sin publicidad no hay democracia plena.

Hasta ahora he hablado de las limitaciones para aplicar la democracia en un Partido como el nuestro. De todas maneras hemos hecho un esfuerzo. Hace cuatro años se planteó que se eligiera el Comité Ejecutivo Central y creamos un sistema de votación. Se decidió que una comisión presentara una plancha, pero al final de cuentas su conformación tuvo que ser definida por unanimidad en la reunión misma. En general, cuando se plantea algo en el seno de la dirección se decide por consenso.

Trazamos la directiva de que los regionales más antiguos convocaran sus congresos y se conformaran los Comités Regionales por votación. La noticia que tengo es que casi siempre resolvieron el problema por unanimidad. Esa ha sido la tradición del MOIR, y es correcta. Está bien que se señale así y que se reivindique como acertada.

Los derechos del militante

Además de ser un método para el centralismo, la democracia es un arma de lucha del proletariado, que la utiliza tanto dentro como fuera de su organización. Mediante ella se ejerce el derecho a debatir y a informarse. El derecho a que se conozcan las diferentes posiciones, aparte de que aparezcamos o no abanderados de ellas, es una ventaja para el partido. En general, para las fuerzas revolucionarias la democracia es la mejor arma para que se conozcan las diferentes posiciones oportunistas, para hacerlas salir a la palestra y someterlas al debate. El proletariado no se educa con el criterio de no contaminarse; es conociendo las posiciones contrarias, y desentrañando en cada actitud y en cada propuesta el fondo de clase, como logra aprender sobre las posiciones de las clases en todos los aspectos de la actividad social. Es el método que se utiliza también para la ciencia. ¿Qué planteamos para la ciencia? El método democrático, es decir, la expresión plena de las diferentes opiniones. "Que se abran cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento", es lo que le conviene al proletariado. Que los obreros y revolucionarios no deben leer la prensa reaccionaria no es más que una solemne estupidez. Similar a las afirmaciones atribuidas a la "banda de los cuatro", en China, sobre que el proletariado no debe leer a Shakespeare ni escuchar a Beethoven, estupidez que en Colombia las sectas repetían cual dogma. Tan cierto es que al proletariado le sirve el debate, que fue así como pudimos desentrañar esta tendencia de los Ñáñez.

Las discusiones de septiembre los sacó a la luz, y los pudimos aplastar porque salieron. Luego de un proceso. Hay piezas menores que sólo pueden ser cazadas sacándolas de la cueva. Lo que es válido dentro de la sociedad, es válido dentro del Partido: que se puedan defender las posiciones revolucionarias y combatir las líneas reaccionarias. Siempre debemos tener la democracia como un arma. Me parece un contrasentido decir que se quiere democracia, pero que no se tienen divergencias. Se pide democracia para poder plantear las posiciones. Pero pedir el derecho democrático de participar en la prensa del partido para escribir los mismos editoriales que está escribiendo la dirección, es un absurdo. Cada cual expresa las cosas en distinta forma y también según el contenido, pero estamos hablando de ideas iguales. Reclamar el uso de la palabra en una reunión para repetir lo que ya se dijo es una tontería.

En todo este problema de la política, los compromisos, los métodos, la democracia, son armas de lucha. Pedimos democracia porque necesitamos plantear cosas contrarias al liberalismo y al conservatismo. Lo que trato de explicar es que la democracia nos conviene porque nos permite librar la batalla. Son dos aspectos: conocer las posiciones discrepantes y poder librar la batalla. Siempre quedamos una charla, una conferencia, hay criterios enfrentados, concepciones combatiendo para sacar adelante los criterios revolucionarios. La democracia es un arma, es un derecho. En los estatutos del Partido, por ejemplo, estamos de acuerdo en que se reseñen todos los principios democráticos, aunque no se apliquen permanentemente. En la sociedad se defiende el derecho democrático al divorcio, aunque uno no se divorcie. Se deben consignar los derechos a pedir informes, a opinar en las reuniones, a criticar a los dirigentes, así no los utilizamos. Ocurre como con las armas que se tienen guardadas en los armarios; que se utilizan sólo cuando es indispensable. Al consignar estos derechos se crea un ambiente interno de armonía y confianza. Al ingresar al

Partido, el militante adquiere obligaciones, pero para que cumpla su trabajo político con satisfacción la organización tiene que darle garantías democráticas..

La democracia es:

- ▶ Un método para el centralismo.
- ▶ Un arma para la lucha política.
- ▶ Un medio para crear armonía y ambiente de satisfacción dentro del partido.

No hay derechos sin deberes

Otro aspecto es el de los deberes. Carlos Marx decía en El manifiesto comunista: "No más deberes sin derechos ni derechos sin deberes". Creo que el Partido debe profundizar sobre este concepto, pues sirve de fundamento a que hay democracia para defender la revolución, pero no para defender la reacción.

El Partido tiene derecho a defenderse. A la luz de esta consideración analizábamos el problema de un militante que salió de su zona de trabajo, pidió licencia, se marginó de la actividad del MOIR durante año y medio, y después llegó con un material escrito en el cual defendía las posiciones reformistas de Carlos Bula y César Pardo, y comenzó a propalar la especie de que iba a producir una gran tormenta dentro del Partido, a reclamar nuevamente la militancia, que se le publicaran todos sus escritos y se le diera democracia para producir esa gran conmoción.

Yo le dije: "No se olvide que no hay derechos sin deberes. No se le pueden dar derechos porque usted no cumple con los deberes mínimos del militante, como son los de aplicar la línea, aceptar la disciplina, velar por la integridad del Partido y defender la revolución". Sobre todo en un momento de aguda lucha contra el fraccionalismo de derecha de los Nájñez.

Guiados por ese principio tomamos la decisión de no aceptarle ni el material ni la militancia. Y le explicamos: usted le hace el juego al grupismo; tenemos informes de que participa en reuniones con los enemigos del Partido y con el revisionismo. El Partido tiene el deber y el derecho de defenderse, un derecho supremo.

Éste es un principio general que hay que tener en cuenta y aplicar. En Tribuna Roja no podemos publicar artículos de compañeros que disocien, que vayan contra la línea del MOIR, así pretendan ampararse en incisos de los estatutos. El partido no es un foro de hombres libres, es la organización de vanguardia del proletariado.

El lenguaje y su uso en nuestro periódico

Hablando nuevamente de Tribuna Roja, quiero referirme, aunque sea rápidamente, a un aspecto que considero importante: el lenguaje utilizado en el periódico. Contra él se levanta una de las críticas más frecuentes. Hablo ahora del tema, porque voy a ligarlo con el artículo que presentó el mencionado compañero. La mayoría del Partido no conoce ese escrito, pero está circulando entre algunos camaradas. En esencia, en él se plantean, aunque de manera un poco más disparatada, las mismas posiciones de Bula y Pardo en su carta de renuncia. Dice que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URRS, es un país socialista y que China también comete agresiones. Es un material que les sirve a las posiciones revisionistas en general. Hace un análisis de la situación del país, niega la existencia de los rezagos feudales y trata el problema del

periódico, aunque en este caso se refiere a todas las publicaciones de izquierda, haciendo críticas a Voz Proletaria, Alternativa y Tribuna Roja. En alguna frase dice que Tribuna Roja está bien escrita, pero a renglón seguido expresa que allí nos la pasamos emulando con la burguesía en la forma de escritura, cuando deberíamos pugnar por ponernos a la altura del proletariado. La acusación parece muy grave: "Ustedes deben aprender es del proletariado y no de la burguesía", pero como él lo enreda todo, se le escapa es que en este caso realmente se trata es de lo contrario.

Nosotros tenemos que aprender muchas cosas de la burguesía. La ciencia, por ejemplo, ha sido un patrimonio de las clases ilustradas, y si no utilizamos sus conocimientos no podremos avanzar en muchos aspectos. Es un problema aclarado por el A B C del marxismo. Por ejemplo, fueron elementos de los círculos intelectuales de la burguesía, que se desgajaron de ella y se dedicaron a servirle a la clase obrera, quienes permitieron desarrollar la posición proletaria, la ciencia del proletariado, el marxismo. De otra parte, el lenguaje no tiene carácter de clase, es el principal medio de comunicación entre los hombres, y aparece antes de las clases y está por encima de ellas. Hay un folleto de Stalin sobre la lingüística, donde con base en el marxismo aclara el problema. Y en La ideología alemana de Marx y Engels, que es la primera obra materialista de ellos, en su empeño por establecer la base material de la historia y la filosofía, consideran la lingüística como una ciencia. Los que escriben deben aprenderla. Tratar de discutir el problema de clase y asustar a la gente con que nosotros estamos aprendiendo de la burguesía no deja de ser, en el mejor de los casos, un simple ardid en la polémica. El uso del lenguaje no lo podemos aprender del proletariado. Nuestro país es prácticamente analfabeto. A pesar de los cursos de alfabetización del régimen, tenemos 30% de analfabetos y lo grave es que la mayor parte del otro 70% es semianalfabeta, gente que escasamente lee y escribe. De ellos no podemos aprender a escribir bien.

Sobre ese particular, yo les decía a los compañeros de Tribuna Roja: le aprendemos más a Tomás Carrasquilla que a un dirigente obrero. Claro que del obrero tenemos que aprender su posición de clase. Pero el compañero en mención rechaza de la burguesía lo único positivo que es su ciencia, y nos pide aplicar su política. Nos llama a aprender del proletariado su ignorancia, y a rechazar su posición de clase. ¡Todo al revés!

Desde luego que no decimos que Tribuna Roja esté bien escrita. Seguimos presentando muchas fallas. En la forma de escribir forzamos el lenguaje, pero es por falta de conocimiento nuestro. Cuando en una frase se pone una palabra que no concuerda, que chilla, que es como un ser extraño metido a martillazos, que lleva a la confusión, es porque no conocemos la lingüística, las leyes del idioma. El buen escritor conoce las leyes del idioma, el léxico, posee un gran arsenal, lo tiene clasificado, y echa mano de lo que necesita. ¿Cómo hace para enriquecerlo? Leyendo. El que quiera escribir bien debe leer mucho. La lengua es un instrumento extraordinario de comunicación. Está muy bien que el Partido defienda el idioma como patrimonio del pueblo, lo conozca y lo sepa utilizar. ¿Qué hacemos con los analfabetos y semianalfabetos? Esa contradicción seguirá mientras no se eleve su nivel. Por supuesto que tenemos que hacer un esfuerzo para popularizar, pero eso no significa abandonar el estudio, pues mientras más se conozca el idioma más sencillo se puede escribir, porque sobran recursos. Y los analfabetos tienen que aprender a leer. A los obreros como Víctor Moreno y demás camaradas no les queda más camino que quemarse las pestañas, leer, estudiar.

¡Que para leer Tribuna Roja hay que sacar un diccionario! Eso no está mal. Así se aprende. Buen escritor es el que lee con diccionario y escribe sin él. Claro que también

necesitamos una literatura popular. Boletines para los campesinos y vendedores ambulantes, para los mineros y para los pobladores de los barrios de invasión. El problema del lenguaje no puede ser patrimonio exclusivo de las clases dominantes, hay que tomarlo para el pueblo. Noto con satisfacción que el Partido ha venido elevando su nivel. Siento gran alegría cuando leo boletines sencillos y bien escritos que utilizan la forma nacional, notándose el esfuerzo para adaptarlos a las condiciones concretas de tiempo y lugar y para darles una buena presentación. Quien aspire a dirigir el país en el bolsillo tiene que escribir bien. Debemos tener la pretensión sana de crear una literatura revolucionaria. Luchemos por tener los mejores escritores, oradores, artistas, periodistas, y los mejores dirigentes sindicales. Tenemos que hacerlo, porque de lo contrario no llegamos al Poder.

Con el tiempo, y aplicando estas normas generales, Tribuna Roja tendrá que perfeccionarse, será más vivo, más rico y más sencillo. Estamos dispuestos a escuchar de los camaradas todas las críticas en este sentido.

Permitir la iniciativa de los cuadros y de los organismos

¿Cómo hablan los Náñez de la democracia y de la organización? Como pequeño burgueses redomados, como unos artesanos. No entendieron jamás los conceptos de la división del trabajo, de la especialización y el desarrollo de los cuadros en las distintas actividades sociales. La dirección nacional no debe meter a cada instante las manos en el trabajo de los camaradas. Al contrario, debemos estimularlos para que desplieguen iniciativas. Muy de vez en cuando la dirección nacional trata problemas particulares de los regionales y lo hace sólo si alcanzan una dimensión tal que se vuelven problemas generales del Partido. Pero no estamos a cada momento diciendo cómo tienen que dirigir. En el frente obrero, por ejemplo, dimos las orientaciones generales y a los Náñez les permitimos plena iniciativa, y los criticamos sólo cuando sus errores fueron protuberantes. Expresamos nuestros criterios cuando escribimos Una felonía con historia, y formulamos nuestras críticas en el movimiento obrero cuando secundaron la consigna eterna del paro cívico nacional, o cuando los sindicatos nos llamaban a plantearnos sus dificultades.

Una norma en el trabajo sindical es la consulta a los niveles superiores del Partido. Pero el nivel superior no interviene a cada momento. Deben hacerse las consultas cuando los problemas de que se trata tienen importancia para el funcionamiento a nivel nacional. Muchas veces la omisión de estas normas nos llevó a grandes conflictos. Con los compañeros de Telecom y de ACEB se discutieron problemas de este tipo con dos paros en marcha. Nos pedían que decidiéramos, cuando todo estaba decidido por ellos. Fue el caso de Telecom. Por su cuenta, sin consultar, llevaban tres meses agitando un paro indefinido, ultrarrevolucionario, y cuando citaron asamblea general, con los delegados ya reunidos, nos pidieron orientación. Se les dijo que no se podía hacer el paro, que no había condiciones. Respondieron: "Pero si les planteamos eso, en la asamblea nos crucifican". "Pues vayan a que los crucifiquen", les respondimos. El principio fundamental es permitir la iniciativa de los organismos, no estar fiscalizándolos a cada paso, pues se les coarta. Incluso es provechoso que nos equivoquemos algunas veces. Así se aprende.

Todas las orientaciones de los hermanos iban en contra de la iniciativa y el avance de los cuadros. Como no entendían la especialización, ni la división del trabajo dentro del Partido, tampoco le daban importancia al centralismo. Cuadros que hacen de todo no necesitan centralizarse. Hablaban y defendían la democracia, pero minaban el centralismo. Esto es oportunismo. Es más, ellos tenían otro centro de dirección. Eran un grupo, por eso no eran democráticos. Además le mintieron al Partido. Los

mentirosos no son democráticos. Esa es una ley: los que deliberadamente mienten no son demócratas. Se miente para engañar. Es un artificio para obtener fines ocultos. Le mintieron al partido cuando le dijeron que no tenían discrepancias, y sí las tenían para todo. Estuvieron en contra de nuestra caracterización de la sociedad colombiana y del carácter de la revolución que estamos defendiendo, tuvieron divergencias sobre los "pies descalzos", sobre las alianzas. Todo con su estilo característico, el de la intriga y el trabajo soterrado.

Una de sus calumnias fue la de que le hipotecamos a China nuestra independencia. Sobre el pasado viaje, los Nájñez arguyeron en sus debates que Li Xiennien nos había dado una lección al pedirnos que no defendiéramos a China y al darnos una serie de apreciaciones y orientaciones según ellos correctas. Lo que pasa es que tenemos divergencias con esas apreciaciones. Nosotros hemos defendido a la República Popular China y a Mao desde cuando se fundó nuestro Partido. Sin embargo, las relaciones interpartidarias sólo llegamos a establecerlas en el viaje de 1980, quince años después. Siempre hemos sostenido nuestras propias posiciones y conceptos y somos consecuentes con la forma nacional de nuestra revolución. Los "hermanitos" aprobaron varias veces el informe (en la misma China, en Bogotá y en Cachipay), pero soterradamente empezaron a decir otras cosas.

Nosotros seguimos apoyando a China por el papel que juega actualmente, pero tenemos muchos puntos divergentes que son motivo de debate interno, especialmente sobre la defensa de Mao y de las revoluciones culturales proletarias. Esto lo resolveremos adecuadamente y con una gran discusión teórica, sin que se lesione la solidaridad con China. Dependiendo de cómo evolucione la contradicción, la mantendremos cerrada, y dejamos una reserva para esperar que los hechos confirmen o no nuestras apreciaciones. Pero sí hay un punto fundamental que determina nuestra posición sobre China: es el problema del hegemonismo. Mientras China sea un país no hegemónico y respete la autodeterminación de los pueblos, le seguiremos brindando nuestro apoyo político. Esto responde a la pregunta sobre qué vamos a hacer ante lo que sucede en China, y se lo podemos decir a todo el mundo.

Los Nájñez no sabían qué era democracia cuando hablaban de ella. Esto es lo que estoy probando hace rato. Pedían democracia, aunque no se sometían a ella. En determinado momento, los demás llegamos a un entendimiento unánime, y dijimos: no más acuerdos, no resolveremos lo del Tolima con el método de los acuerdos. Yo no adopté la decisión de cambiar el método sin la aquiescencia de los demás compañeros de la dirección nacional.. Todos reafirmaron: no más acuerdos. En el Tolima las dos terceras partes del Partido estaban por el método de la democracia, con el agravante de que Darío Romero se había hecho la autocrítica, algo muy significativo, entre otras cosas, porque era uno de los firmantes del documento y hacía parte del grupo fraccionalista desde sus inicios. Estos siempre han dirigido dos regionales: Tolima y Nariño. En 1977 Darío tuvo problemas con la mayoría del Partido, y la dirección nacional lo respaldó y le pidió a la militancia regional que lo apoyara como secretario. Muchos compañeros no lo aceptaron, porque llevaron las divergencias al terreno personal. Algunos hasta se retiraron del Partido. Yo me encontré con uno de esos compañeros y le pregunté: "¿Por qué se fue?" Y me respondió: "Es que uno lo defiende a usted y usted no lo defiende a uno".

La otra insubordinación de la base contra el secretario del Tolima fue la de 1980. En esa ocasión Darío aceptó todas las críticas que le hizo la militancia, especialmente la de que manejaba el regional con criterios de grupo, y él lo reconoció. Fue una prueba flagrante del grupismo. Entonces, cuando decidimos cambiar el método, estos elementos perdieron el control de la situación, se desesperaron y dijeron mil y una

tonterías contra la democracia. Entraron en delirium tremens. Omar había dicho que ellos contaban con la mayoría en el Tolima, pero cuando pedimos que se resolviera por la democracia, entonces expresó: la mayoría en el Tolima es un emplasto. Quien prejuzga tan temerariamente el carácter de una mayoría, como lo hizo Omar en el caso del Tolima, no puede posar de demócrata. Si las mayorías buenas son las de uno y las de los contrarios son un emplasto, lo menos que podemos decirles es que es una tontería hablar así. Sobre todo cuando no se discute el contenido sino el método para resolver los problemas organizativos.

Dos grandes lecciones de la lucha interna

He hecho la exposición para llegar a otra gran lección de la lucha interna: para todo marxista, y para todo revolucionario, es un deber descubrir tras las palabras y las apariencias el contenido de clase de todas las posiciones. Creo que debemos tener este principio como una gran regla: detrás de toda propuesta, actitud o actividad se esconde inexorablemente una posición de clase. Lenin, en Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo, dice: "En política, los hombres siempre han sido víctimas necias del engaño propio o del ajeno, y seguirán siéndolo mientras no descubran qué intereses de clase hay detrás de cada una de las frases políticas, religiosas". Yo tenía toda la razón cuando le decía a Enrique Daza en septiembre: hay problemas de fondo, mire siempre los problemas de fondo. ¿_sta es una grande experiencia para todo el Partido.

He hablado de dos grandes lecciones en la lucha interna:

1. En el proceso, a la larga, afloran inevitablemente las tendencias oportunistas. Solamente en los saltos cualitativos se puede conocer la esencia de las cosas. No podemos aspirar a desentrañar plenamente el contenido de algo si no permitimos que afloren todas y cada una de las contradicciones. Por eso el tiempo es siempre nuestro mejor aliado, y la paciencia nuestra mejor consejera.
2. Es deber de todo marxista desentrañar siempre los intereses de clase que se esconden detrás de cada posición política, dentro y fuera del Partido.

Son dos lecciones que parecen contraponerse, pero en realidad se complementan. La segunda se refiere al deber de cada uno consigo mismo, de no dejarse engañar; y la primera se refiere a dar un tiempo prudencial para que los demás desentrañen la verdad y no se dejen engañar. Hubo compañeros que con su impaciencia cayeron en equivocaciones y pusieron en peligro la unidad del Partido y el curso normal del proceso interno. Y hubo otros que se desentendieron del grupismo de los Nández, y también cometieron errores. La dirección del MOIR tomó en cuenta ambos factores y acertó. Eso es lo que estamos celebrando en esta conferencia.

Contradicciones antagónicas y contradicciones secundarias

Un segundo punto del informe es lo sucedido de septiembre para acá. Mirado en perspectiva, estoy de acuerdo con lo que decía Oscar Parra: "Septiembre es una tormenta en un vaso de agua". En ese momento, la inmensa mayoría de los camaradas tenía razón. Creo que en efecto hubo y hay problemas de tratamiento y de estilo de trabajo y se van a seguir presentando. Es una cuestión de la vida interna que tiene que atenderse con un mejor funcionamiento orgánico. No todos los compañeros que han estado en la lucha contra los Nández están exentos de crítica y errores en relación con estos problemas. Los señalamientos de los errores antidemocráticos hechos por algunos "camaradas de septiembre" no incuban ninguna actitud contra el

Partido; se hacen desde una posición partidaria. Enfrentamos contradicciones con camaradas nuevos y viejos, aunque secundarias. Incluso en ese calificativo enmarcaba la posición de los "hermanos". Pues si ellos aseguraban que no tenían contradicciones con la línea del Partido, lo demás era secundario. Pero en ellos eso no era cierto, como ya se vio.

Sostengo que fueron justos todos los procedimientos y los acuerdos de septiembre para acá. Lo aprobado en Pereira y Cachipay así lo consigna. Ya hablé sobre cómo es permisible hacer este tipo de acuerdos, y me apoyaba, además, en las experiencias del Partido Bolchevique y del Partido Comunista Alemán. Me refiero a las distintas batallas que se han librado con los hermanos Nájuez en este período.

Los impacientes dentro del Partido creían que no estábamos batallando, que era una conciliación. No veían el fondo del problema. La primera lucha fue alrededor de la propuesta de unidad con Firmes y el Partido Comunista. Fue una batalla que el MOIR libró unido contra la posición de los Nájuez. La libró la inmensa mayoría de los camaradas, y resultó exitosa. Hubo momentos difíciles. En una reunión en Cali, nos llegaron con El Tiempo y la noticia de que el MOIR estaba al borde de los acuerdos con el Partido Comunista y con Firmes. Los compañeros preguntaron: "¿Esto es cierto?" "yo no sé", les respondí. "¿Cómo, no sabe? ¿usted no es el secretario de este Partido?" En realidad, no estaba discutido ni aprobado en la dirección nacional.

El momento crucial fue cuando Otto dijo en el Comité Ejecutivo Central: "Esto lo debemos firmar a las 6 de la tarde, y hay que hacerlo o quedamos muy mal". Se abrió la pelea, y en esa reunión todos tomamos posición en contra de lo defendido por ellos y se decidió que no podíamos seguir con Otto como nuestro negociador, pues se había quebrantado la credibilidad. Nos pusimos de acuerdo en que se designara a Marcelo Torres para garantizar nuestras posiciones. En Firmes dijeron que había llegado la línea dura del MOIR a aguar la fiesta. Sin embargo, en la carta a Firmes ellos pidieron que se incluyera una frase que les permitiera aparecer de acuerdo con la línea del Partido. Quedó ese párrafo, en efecto, señalando que todos estábamos de acuerdo, a pesar de que entre nosotros teníamos un fuerte debate y había dos posiciones.

La segunda batalla fue la defensa de la alianza con Consuelo de Montejo. El MOIR libró unido la batalla. Ellos juran que han respaldado a Consuelo, pero en todo el país el grupo de los "hermanos" estuvo en contra de esa alianza de manera solapada. Discutí con Otto durante más de tres horas y aceptó finalmente. Tan justa fue la medida de apoyar a Consuelo, que fue la única parte del país donde sacamos diputación y concejalía, y obtuvimos la más alta votación que hayamos tenido en Bogotá, y pudimos hacer la campaña en la capital sin contar con recursos económicos.. En esta batalla hubo unanimidad general del Partido contra la posición de los hermanos.

La tercera es lo concerniente con el informe de China. El MOIR también estuvo unido contra la campaña soterrada y el sabotaje de los Nájuez.

La cuarta es la lucha por las orientaciones correctas en los regionales de Tolima y Nariño. Batallas, que libramos firmemente unidos contra el grupismo de la fracción ñañista. Todas las decisiones correctas y el desempantanamiento de estos regionales se hizo con el criterio unánime del Partido contra ellos.

Y la quinta es la lucha contra el barril de los puercos. Cuando resolvimos aplicar el método de la democracia, saltaron y nos echaron a la cara el barril con la lavaza. No

hubo cosa que no dijeran. En esa contienda también estuvimos totalmente unidos. Los "camaradas de septiembre", quienes contribuyeron a estas batallas, merecen el reconocimiento del Partido y la confianza nuestra. Solo en el proceso, y gracias a los resultados obtenidos en él, pudimos sacar al grupismo de su cueva y aplastarlo.

La declaración fraccionalista

La declaración del grupo la examinamos en el Comité Ejecutivo Central hace ocho días, cuando salió publicada en El Tiempo. En nuestra reunión señalábamos que la declaración está encaminada a endulzarle el oído a la militancia del MOIR. De allí su carácter amorfo y ambiguo, para tratar de confundir, pues ellos no pueden renegar de todo de un día para otro, y para mantener su grupo necesitan seguir insistiendo en que no hay problemas con la línea general del Partido. Se ven obligados a defender cosas con las cuales están comprometidos y no pueden renunciar a ellas de manera abrupta porque les acarrearía problemas, incluso con su gente. Hablan como si estuvieran todavía dentro del MOIR, entre otras cosas para tener espacio para horadar al Partido. Esa es la apariencia que presenta la declaración. Pero de todas maneras el fondo refleja que todo se dirige a la demanda de que el Partido no radicalice su pelea contra el revisionismo y contra el socialimperialismo.

Las afirmaciones de que no están de acuerdo con la línea del MOIR de 1978 para acá se deben a que en este período se han vuelto antagónicas las contradicciones con el Partido Comunista, y todos los puentes de entendimiento entre nosotros y esa organización se encuentran dinamitados. Los Ñáñez pretenden reducir las diferencias a lo siguiente: dicen que la pelea es contra los mamertos, pero que la forma de ganarles es poner el MOIR, con decisión, al frente de la lucha de liberación nacional y demostrarle al país que somos mejores que el Partido Comunista. Es decir, la pretensión de derrotar el revisionismo sin desenmascararlo, lo cual es incorrecto.

Dicen que la lucha es contra el imperialismo yanqui y por la liberación nacional, pero esa película ya está proyectada y la conoce todo nuestro Partido, nos la sabemos de memoria. Lo que en Colombia y en América Latina no se conoce es que Cuba es un Caballo de Troya del revisionismo y que lleva veinte años defendiendo las posiciones oportunistas: diez años de oportunismo de "izquierda" y diez años de oportunismo de derecha. Una revolución de pequeña burguesía que hace el papel de lacayo del socialimperialismo para influir en unas naciones de inmensa masa pequeñoburguesa. Yo les decía a los chinos que quien no entienda este factor no puede comprender el desarrollo de nuestro Partido. Ahora, por primera vez, podemos hablar contra Cuba. Le dimos tiempo al tiempo para que los aspectos principales de nuestra posición sobre Fidel y su política fueran aclarados por los hechos. Lo mismo hicieron los chinos: al principio no se expresaron, ni siquiera para responder el famoso debate del arroz: pero ayer, nada menos, el canciller chino Huan Hua dijo que Cuba estaba metiéndose en El Salvador y Nicaragua y que apoyaba la política de expulsarlos de allí. Hemos sido pioneros en la denuncia de esta situación internacional. Y por primera vez podemos decir que la autoridad de Fidel Castro no es tan respetable. Es el primer ataque público de nuestro Partido, porque así nos lo exigían las condiciones de la lucha. Nuestra posición es la defensa de la soberanía nacional y el respeto a la autodeterminación. Cuba echó al cesto de la basura este principio revolucionario.

La mayor parte de nuestra propaganda debe estar dirigida a esclarecerles a las masas este problema. Vamos a enfrentar dificultades. Nos van a decir sectarios. (¡Cuándo no nos han dicho sectarios!), y nos vamos a aislar (¡Cuándo no hemos estado aislados!). A los Ñáñez les pareció extrema nuestra posición, pero ésa es la pelea del momento. Y nos salen con el cuento de que la mejor manera de ganársela al revisionismo es

emulando con él. Un compañero escribió un material donde decía que para ganarnos a la gente debemos plantear sólo los problemas de Colombia y que lo internacional no debemos tocarlo (la vieja película). Yo creo que es al contrario. Nos toca virar, por las condiciones actuales en el campo internacional. El compañero se equivoca porque no ve el cambio de los períodos. Tenemos que lograr que las ideas concuerden con la realidad. No eludir lo que está sucediendo. La forma de analizar estas ideas y posiciones es compararlas con la realidad, pues nada se resuelve cotejando una idea con otra, o este material con aquél. ¿Hay o no una corriente reformista campeando en Colombia y en el mundo? Sin ninguna duda. Hacen foros y conmueven la República. Nosotros somos los únicos ausentes en esos eventos, porque tenemos un criterio de clase sobre la democracia. ¿Existe o no la utilización del nacionalismo para engañar al pueblo?

Ellos utilizan el nacionalismo y el reformismo y con eso nos están combatiendo. Al juzgar la declaración del grupo, encontramos que no establecen las diferencias entre la vieja y la nueva democracia, ni entre la revolución de nueva democracia y la revolución socialista mundial. En lo primero los Ñáñez se inclinan por el reformismo, y en lo segundo por el nacionalismo burgués y contra el internacionalismo. Para el MOIR, nuestra revolución se supedita a la revolución mundial. En el material de ellos, el error más garrafal es sobre este punto. Alguien dijo que los "hermanitos" tienen un criterio de relojero sobre la política: viven armando piezas. Pero al mejor relojero también se le pasa un pelo (¡un pelo a un reloj!) y a ellos se les pasó. El escrito de ellos es así. Un rompecabezas para tratar de satisfacer las distintas posiciones. Se matriculan en el nacionalismo, se inclinan por el revisionismo y se salen de la posición obrera y marxista.

Nacionalismo y no alineamiento

Nosotros, al contrario, hemos de hacer hincapié en el marco internacional. Debemos analizar, por ejemplo, la situación internacional de la época de la Revolución Comunera, cuya conmemoración estamos empeñados en realizar ahora. Comparar esas realidades con la actualidad y sacar las lecciones pertinentes. Esa revolución fue precipitada por la guerra de España contra Inglaterra y por los impuestos que había que recaudar para sostenerla, y fracasó porque no hubo dirección, no hubo ilustración, no se vinculó a la corriente internacional del momento. Aprendían únicamente de la ignorancia del peón, y no entendieron que Inglaterra le estaba subvirtiendo el orden a España y era la cabeza de la revolución mundial de entonces. Es muy bueno recordar que pocos acontecimientos sociales han sido tan internacionalistas como la guerra de Independencia frente a España. Londres era la Pekín de la época.

Hay una acusación que nos hacen los "hermanitos", y que recoge Voz Proletaria en la columna de Antonio: "Estas orientaciones han conducido al MOIR al marasmo, al marginamiento de la lucha de masas y, en la práctica, a la conciliación con el gobierno proyanki de Turbay Ayala (y al fortalecimiento del oportunismo encabezado por el Partido Comunista)". En Voz Proletaria suprimen la parte entre paréntesis. Pero en la forma como citan a los hermanos, los tergiversan. "A pesar de que nos llenen de ataques y nos llamen oportunistas, aplaudimos la posición de ellos porque se trata de aislar al MOIR", parecen decir los revisionistas. La posición grupista y oportunista de los Ñáñez, y el sentido político de sus palabras, no los pueden esconder con un ataque al Partido Comunista. La discusión con la fracción es porque tienen un criterio y una posición revisionista para llevar adelante la lucha. Según ellos, quien no combate oportunistamente al gobierno está con él. Quien no tenga visión revisionista de la lucha reniega de ella. Pero nosotros sostenemos que para atacar al gobierno sólo hay

una forma, y es la que estamos propugnando. Por eso eluden toda discusión y desprecian todo debate teórico.

Hay otro problema concreto y es el no alineamiento. En el Comité Ejecutivo, yo decía que para el Frente este punto está claro, es cosa juzgada. La gente lo acepta. Hasta Firmes y el Partido Comunista estarían de acuerdo con él. Cuando nosotros no estamos presentes, dejan correr el rumor de que aceptarían el no alineamiento. Lo que está en debate es si el MOIR puede ser no alineado. Sobre ese tema nosotros hemos planteado Los tres cerrojos de la unidad, y así hemos trabajado con los aliados. A cualquier sector que nos proponga una alianza electoral le presentamos esas tres pautas, esas tres condiciones determinadas por la situación política actual: 1. Programa nacional y democrático, 2. Normas democráticas de funcionamiento y 3. No alineamiento internacional. Pero lo que los ?_áñez, Firmes y el Partido Comunista quieren es negarle al MOIR el derecho de hacer su propaganda antisoviética y antirrevisionista.

Se tiene que entender y aceptar que nosotros no somos "no alineados". Por eso en el editorial decimos que ésa es una concesión al atraso y al acendrado sentimiento nacionalista existente entre el pueblo colombiano. Somos un país atestado de clases y capas medias a las que va dirigida fundamentalmente la programación de los enlatados, las telenovelas y los diferentes programas de televisión. Y todas esas capas sociales son nacionalistas. Nosotros hacemos concesiones temporales, pero no vamos a renunciar a nuestra concepción internacionalista. Como decimos en el editorial de Tribuna Roja No.37 de febrero de 1981 (con el título de "Los misterios de la política internacional"): tenemos que hacer nuestra propaganda, para lo cual los hechos vienen en tropel a darnos la razón. Son cinco años de expansión soviética, que hacen estallar la distensión como una pompa de jabón. Está, por ejemplo, la invasión a Afganistán, y por eso en enero de 1981 acordamos abrir fuegos con nuestra propaganda contra ese expansionismo. Sin embargo, señalamos que la campaña la debemos adelantar sin molestar a los aliados, porque ellos defienden otro criterio sobre ese problema.

Para la reunión internacional que tenemos planeada, será necesario llegar a una serie de compromisos sobre el tema anterior, porque de otra manera no lograremos realizarla, pues también tenemos diferencias con algunos partidos de América Latina que pueden asistir. La táctica, los compromisos, la democracia, son medios de hacer revolución. Pero no se puede poner en juego el carácter de clase del Partido. Poco a poco la situación se nos volverá favorable. Con Ricardo Samper iniciamos la entrada al túnel, con Carlos Bula y César Pardo llegamos a lo más profundo de él y con esta fracción de los hermanos, aunque no quiero ser muy categórico, estamos empezando a salir a la luz.

Aunque sé que no es el principal rasero para analizar la política, le pongo mucha atención a lo que dicen las capas intelectuales. Esas capas, que tenían opinión adversa en el caso de Bula y Samper, dicen ahora: "No estamos con los criterios de la fracción, estamos con ustedes". Se empieza a quebrar la conspiración del silencio. Por eso hay que aconsejarle al movimiento obrero que discuta profundamente los problemas políticos y que no se enrede con el barril de los puercos. Eso es muy conveniente para los obreros y muy favorable para el MOIR. A nivel de las masas, el Partido Comunista ha venido perdiendo influencia. La gente nuestra que está en el barro sabe mejor que nosotros que la situación es favorable.

Sobre los problemas del no alineamiento, del internacionalismo, y de la vieja y la nueva democracia, no se ha tenido un debate ideológico a fondo, que permita a las

masas su esclarecimiento, lo cual explica con creces la vigencia del bipartidismo, pues sin claridad sobre esos temas no puede existir un fuerte partido del proletariado. Los del Partido Comunista afirman lo contrario: que no podemos esclarecer el problema de la nueva democracia y del internacionalismo porque aquí predomina el bipartidismo. Hacen concesiones de principios y quieren que los demás se identifiquen con ellos. El país necesita esta discusión, y especialmente la necesitan los camaradas obreros, pues sólo así podrán construir, fortalecer y expandir su partido. Si esto no se aclara, no podremos romper el bipartidismo.

Sobre la táctica

Otro problema con la fracción es el de la táctica. Hace un tiempo los Ñáñez nos plantearon un reclamo: el Partido Comunista hace protestas, defiende los derechos humanos, realiza foros, ¿nosotros qué hacemos? Les respondimos: ¿dónde quieren que hagamos la protesta? ¿En los sindicatos, en las universidades, en los barrios? ¿En cuáles? En el momento actual no tenemos condiciones para hacerlo. Y no lo vamos a hacer porque tenemos que proteger nuestro Partido, aunque nos digan que somos unas gallinas. No nos vamos a arriesgar a batallas decisivas. Otto, en uno de los apartes de la declaración que salió en El Tiempo, propuso la gran campaña nacional de protesta. ¡Ya veremos si logran hacerla!

Hay una frase genial de Marx, en la cual dice que hay años de historia en que sólo se recorren días y hay días en que se concentran años. En esa frase se resume el problema de la táctica del proletariado. Lenin habla de la evolución lenta y los saltos rápidos. Como todas las abstracciones del marxismo, estos conceptos son sacados de la realidad. Si le ponemos un poco de filosofía, encontramos que así se desarrollan las cosas. También la lucha contra los Ñáñez ha tenido períodos de evolución y momentos de salto. En este caso el salto cualitativo fue el 16 de febrero a las once de la mañana y todo se redujo a una tragedia para ellos: tenían que decir en una hora lo que no dijeron en diez años. Oscar Parra señaló: "Ustedes han emprendido desde hace mucho rato un viaje sin regreso". ¿Qué tuvo que hacer el Partido? Avanzar con calma, de acuerdo con la marcha de los acontecimientos.

¿Qué tiene que hacer el MOIR en períodos de calma? Prepararse, capacitarse, estudiar. Un partido que no aprovecha la evolución lenta, que no le saca el jugo, no tiene el derecho de pasar al frente de la batalla en los momentos de auge. Tenemos que aprovechar los períodos de calma para volver al Partido experto en todas las actividades sociales. Una organización revolucionaria que no conoce cómo trabajan las distintas clases sociales no puede utilizar una táctica correcta. Aprender y dominar todas las formas de lucha, ganar presencia en todas las actividades sociales. Eso de la combinación de todas las formas de lucha es cierto, pero sólo en parte. La otra parte, verdadero secreto de la táctica, es señalar en cada momento la tarea principal que jalona el proceso y la forma principal de lucha que determina todas las demás tareas. Si somos expertos en todas las formas de lucha y dominamos todas las actividades sociales, podremos asirnos a la que jalone el proceso en el instante necesario. Por ello debemos aprovechar estos períodos de calma.

¿Quién decide en qué momento se utiliza una forma de lucha como la principal? ¿Lo decide la dirección del Partido, el Comité Ejecutivo, los genios? No. Lo decide el desarrollo de la lucha de clases. A Mao le preguntaron: ¿Qué hicieron ustedes para realizar esta magnífica revolución? Apresurarnos a ponernos al frente de las masas cuando estas se pusieron en marcha, fue su respuesta. La primera base de apoyo de Mao, "donde fracasó", fue en las montañas Ching Kang. Lo que más me impresionó haciendo el recorrido por esa región, fue ver un gigantesco mapa lleno de banderitas,

y cada una representaba una insurrección en el sur de China. Había ciento o más; y las montañas Ching Kang eran sólo una de ellas. La dirección del Partido había puesto una bandera, las masas más de cien.

El dogmático confunde los períodos. Cuando Mao crea el Partido están en el auge de la revolución democrática en China. Pero acá es distinto. Nosotros no somos la generación de Uribe Uribe, quien fue una especie de Sun Yatsen colombiano. Nosotros somos la generación de Alberto Lleras Camargo. Nos correspondió el auge del bipartidismo, del Frente Nacional, después de la tragedia de la Violencia, y para que las dificultades fueran mayores, apareció Cuba y entonces sí que se nos complicó todo. En veinte años hemos avanzado sólo unos pocos días, pero lo importante es que el Partido aprenda, se consolide y esté preparado para los momentos en que en unos días se concentren los acontecimientos de muchos años. Ya somos expertos en luchas como la estudiantil, la electoral y un compañero decía que sabemos desde cómo fundar un sindicato hasta cómo liquidarlo (Risitas).

Este año estamos celebrando los diez años de la lucha estudiantil. ¿Quién decidió en 1971 que en el campo estudiantil se diera la principal batalla del pueblo colombiano? ¿El MOIR? No. Nadie. Lo que hicimos fue afanarnos para estar al frente del estudiantado, y tal vez discutir dos o tres cosas y recomendar otras tantas. Fueron las masas estudiantiles las que sacudieron el país. Y nosotros, que logramos acertar sobre lo que correspondía hacer, sacamos buen provecho político de lo que pasó.

El acierto en la táctica depende mucho del conocimiento y del análisis que hagamos sobre la situación internacional. La forma de lucha la deciden los factores externos: la agudización de la crisis, las contradicciones nacionales e internacionales, etc. Hay dos frases que son muy manidas en la izquierda, que parecen muy sabias sobre la táctica pero que en verdad son huecas y dogmáticas. La de José Antonio Galán, el comunero: "Ni un paso atrás, siempre adelante y lo que ha de ser que sea". Puede tener su valor estratégico, pero desde el punto de vista táctico es incorrecta. La retirada es una forma de lucha, y como tal tenemos que aprenderla. Como lo hicimos en Telecom y en ACEB. A veces es necesario retirarse y hay que saber hacerlo bien.

Otra frase muy común en las declaraciones de la grupusculería es la de "agudizar la lucha de clases". Es también una frase vacía y falsa en lo táctico. La tarea del Partido no es agudizar la lucha. Sabemos que las luchas se van a agudizar a tal punto que la inquietud será no alcanzar a atenderlas. Yo creo que el pequeño burgués tiene dos problemas: su método artesanal, pues tiene una visión recortada y reducida de la historia y del proceso social. En realidad cree que los largos y complicados procesos sociales los puede medir con la vara con la que mide su existencia personal. Para una persona veinte años son mucho tiempo, pero para la historia de un pueblo son un suspiro. El Poder sólo es para los pacientes. Lo que el MOIR tiene que hacer es aprovechar la calma, cuando bullen el reformismo y la reacción, para ponerse a estudiar y a prepararse para los grandes días. ¡Eso es bueno! En épocas de paros y grandes movilizaciones es mucho más difícil estudiar.

Fogueémonos en todas las actividades sociales. El estudio del marxismo y de las condiciones políticas del país y del mundo es para el revolucionario una gran actividad. Aprendamos sobre la táctica. No lancemos nunca el Partido a que atraviese solo el campo abierto. Claro que hay batallas impuestas, pero luchemos al máximo para que no nos lleven a la liquidación por una mala interpretación de la táctica.

Otro ejemplo de errores en la táctica es el de la eterna consigna del segundo paro cívico nacional, tan defendida por los revisionistas y por todo el oportunismo de

"izquierda". A los de la pequeña burguesía les sucede una tragedia: quedan enamorados de la forma de lucha en la cual les haya ido bien. "Como hicimos un paro cívico nacional y nos fue bien, sigamos haciéndolo". Como el 14 de septiembre de 1977 fue muy bueno, repitámoslo en 1978, 1979 y 1980; y en 1981 vamos para el cuarto año de la consigna. ¿Es eso táctica? No. Eso es un engaño a la gente. ¿Cómo actuó el MOIR sobre este problema del paro cívico? El día que en un acto de soberbia presidencial López Michelsen les cerró la puerta del Palacio de San Carlos a los esquiroleros de la UTC y la CTC, nosotros citamos el Comité Ejecutivo y dijimos: se va a dar el paro y tenemos que apoyarlo. Habíamos analizado todos los factores en pugna. Factores que después de septiembre de 1977 no se dieron de nuevo, entre otras cosas porque Turbay es un manzanillo componedor, muy distinto a los soberbios Alfonso López y Carlos Lleras. En septiembre existían las contradicciones entre Pastrana y López. Eso no se da hoy. Ninguno de esos factores los define una declaración del MOIR. A éste lo que le corresponde hacer es seguir atento al curso de los hechos y definir su táctica de acuerdo con la realidad.

Los saltos revolucionarios

Se debe tener en cuenta que en el período de preparación, antes del salto cualitativo, hay distintos tramos y situaciones, lo cual debe tener consecuencias en la táctica. Eso no lo decidimos nosotros. Las formas de dar esas batallas son distintas, por múltiples factores. Podemos mirarlo en la historia del MOIR. Antes éramos un grupúsculo insignificante y hoy somos un Partido que más o menos funciona. En el primer período nos tocó luchar contra el predominio del oportunismo de "izquierda" en las filas de la revolución. Hoy estamos en el tramo de predominio del oportunismo de derecha. Y en cada uno hubo distintas fases y diferentes formas de dar la pelea. La lucha interna ha cambiado mucho de 1965 hasta hoy. Y si revisamos el segundo tramo, de 1974 para acá, encontramos que la lucha contra el oportunismo de derecha la podemos dividir en secciones. El rompimiento con el PC en 1975, es una. Luego, en 1976 vivimos un auge, logramos que muchas fuerzas y organizaciones asistieran al primer foro del Frente por la Unidad del Pueblo, FUP, pero fue un rayo fugaz. Yo dije en el Foro que las condiciones eran excelentes, pero que el desenlace dependía del éxito de la lucha con las contracorrientes oportunistas. Esa batalla la perdimos hasta ahora. Es más fácil escribir la historia que actuar para ella. Cuando se mira hacia atrás es fácil ver las cosas, pero cuando se está en acción es difícil resolver los problemas.

Nuestra lucha interna reciente también se divide en tres períodos: 1. Contra Ricardo Samper. 2. Contra Carlos Bula y César Pardo. 3. Contra los hermanos Nájuez. En su orden, han sido la entrada al túnel, la estadía en su parte más oscura, y el proceso de salida de él. Pienso que estamos saliendo del túnel, pero si se nos complica el tramo seguiremos actuando según el desarrollo de la situación. Eso es táctica. En esencia, el problema con las corrientes oportunistas es el desprecio que tienen por la teoría. Por eso vamos a sacar al debate cada una de estas cuestiones.

La unidad de acción y la unidad política

Éste es otro tema muy importante para discutir. Nosotros planteamos la posición de llevar a cabo la lucha económica de los trabajadores y hacer acuerdos para sacar adelante las batallas. Por ejemplo, en Paz de Río hicimos acuerdo con Cuevas, y no estamos políticamente de acuerdo con él. Si no hubiéramos logrado el acuerdo, no se habría hecho la huelga. Ellos, los de la fracción, nos dicen que sigamos en acuerdo con Cuevas, convirtiendo una situación particular del sindicato en una orientación general, y algo revolucionario en algo reaccionario. Porque el acuerdo era bueno en lo particular, pero no en lo general. Las acciones unitarias, los compromisos, son un

medio para sacar adelante nuestras políticas; y utilizamos todos estos métodos al servicio del objetivo final, con base en el contenido de nuestra política, y no al contrario.

Insisto en que la pelea en el movimiento obrero sea alrededor de estas tesis y no del "tarro de la mezcla". Nada de guerra de los candados; me parece absurdo que un dirigente sindical nuestro cambie la chapa de un local sin la aprobación del sindicato, así el oportunismo hubiera botado la llave. ¿Qué culpa tienen los sindicatos de que el MOIR tenga una fracción oportunista de derecha? A los sindicatos no les interesa eso. No podemos traumatizarlos con los problemas domésticos de la lucha interna. Si perdemos los sindicatos, ¡perdámoslos bien para poderlos rescatar. Si el obrero ve que su sindicato lo hemos convertido en un campo de guerra particular, no puede ponerse de nuestro lado.

Solidaridad con las luchas nacionales

El otro punto que toca la "hermandad", en su declaración de El Tiempo, es el problema de Nicaragua y El Salvador. Pero fíjense la dificultad que los Nájnez tenían para explicarlo: "Frente a la lucha del pueblo nicaragüense contra la dictadura somocista y el dominio norteamericano, el MOIR negó inicialmente su respaldo y solamente la noche en que el dictador huía a los Estados Unidos se iniciaba una campaña mural con la consigna de 'apoyemos a Nicaragua sandinista'". Esto es falso históricamente. Es una mentira inescrupulosa. Nosotros apoyamos a Nicaragua con la antelación requerida. La declaración de ellos continúa: "Sea como sea, la victoria del pueblo nicaragüense... [viene la dificultad de ellos en su declaración] en aquel momento fue una victoria democrática nacional". Nosotros les decimos: no discutimos lo que fue, sino lo que es actualmente la revolución sandinista.

Nosotros enfrentábamos problemas objetivos. Por un lado, el democraterismo de Carter, que quería tumbar al malo de Somoza pero para reemplazarlo con un personaje de su aceptación, con los gobiernos del Pacto Andino como mediadores. Como Carter es un estúpido, los reunió en San José de Costa Rica la noche de la caída de Somoza. Allí estaban los peleles latinoamericanos esperando que la fruta cayera en sus manos y poder entrar victoriosos con los sandinistas a Managua. Pero Somoza se vengó de Carter; al renunciar puso un general Urcuyo que duró tres días en el poder, pero con él desbarató la maquinación de Carter de todo un año y fue Cuba la que entró a Managua.

Expulsada la fracción

El cuarto punto del informe es muy conciso. El Comité Ejecutivo Central ha tomado la determinación de expulsar a los Nájnez y a todo su grupo.

Es necesario agregar que entre los firmantes de su declaración pública hay tres dirigentes nacionales: Otto, Omar y Abel. Edgar Dussán aparece firmando, pero es la primera noticia que tenemos de su militancia en nuestro Partido, prueba flagrante del grupismo de los Nájnez. Era un militante clandestino para el MOIR, y ese tipo de militantes no existen en nuestros estatutos. Se supone que hay militantes clandestinos pero para el régimen, no para la organización del Partido. Además, según una norma de nuestros estatutos, cuando dirigentes de nivel nacional en otra organización solicitan su ingreso al MOIR, su militancia sólo podrá ser aprobada por el Comité Central del Partido, lo cual no ocurrió con Edgar Dussán.

Viraje internacional, viraje nacional

El análisis de la situación nacional debe ser objeto de otra conferencia. Lo que quiero decir al respecto ya se vislumbra en el editorial del Tribuna Roja No.37: que el cambio de la situación internacional va a afectar la política interna. Al estallar la pompa de jabón de la distensión, al revisionismo le va a quedar muy difícil continuar la relación que ha tenido con los gobiernos neocoloniales y semif feudales dependientes de los Estados Unidos. En el último informe al Congreso del Partido Comunista de Cuba, Fidel Castro acepta las dificultades que enfrentarán por la situación que se viene. Les preocupa la agudización de las contradicciones con Estados Unidos. Reivindican la alianza con la socialdemocracia, pues les da claraboya política. Es lo que recoge Vieira en su informe al Congreso del Partido Comunista, donde se dedica a buscar aquí a los socialdemócratas y se le ocurre decir que el doctor López Michelsen es uno de ellos.

La presencia de los halcones en la Casa Blanca repercutirá necesariamente en Colombia. Sin embargo, el PC aprobó una táctica como si continuara el régimen de Carter. La consigna de la "apertura democrática" cae en el vacío con el cambio de presidente de los Estados Unidos. No va a haber "apertura democrática" al orden del día, sino represión al por mayor. La pequeña burguesía cree que sigue con Carter y ahora quien gobierna es Reagan. Todos sus derechos humanos, toda su política conciliadora se les va al suelo. Las tácticas del Partido Comunista son como un carro que va a 130 kilómetros por hora en contravía. Nosotros estaremos de testigos oculares en el momento del estrellón y veremos los daños. Si estaban en contravía deberán pagar y que les apliquen el nuevo código que suprime las franquicias para los conductores (Risas). El Partido tiene que estar muy atento a como evoluciona la situación.

Lucha ideológica y expansión del Partido

Se viene una etapa de luchas populares. Turbay le anuncia al país que tiene que elevar los impuestos en 50 mil millones de pesos para pagar los compromisos con las agencias extranjeras; aumentar el catastro para pagar los treinta puentes elevados de Bogotá; alzar las tarifas de los servicios públicos; atender el memorial de agravios de la industria. Además, entró en barrena el café y, lo más grave, la marihuana de la cual vivía el régimen bajó de precio. Si por algo puede reclamar López Michelsen su reelección es por la marihuana. Por eso el capital financiero pide que le certifiquen carta de ciudadanía a los recursos que ella genera . ?_sa será una de las últimas medidas para la salvación del régimen.

La mayor explotación económica sobre el país tendrá dos resultados: agudización de la represión e intensificación de las luchas populares. Eso es lo que viene, y hemos de estar atentos.

He terminado el informe nacional. Se somete a discusión. ¿Lo aprueba la Conferencia? (Ovación, aplausos prolongados)

Bogotá 1o. de marzo de 1981.